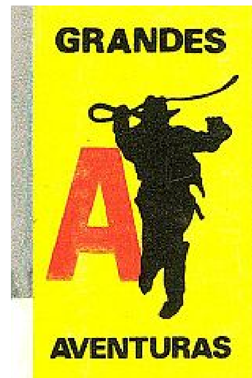




EN BUSCA DE LA PREHISTORIA

No hay mucho que hacer en una isla desierta.

Al principio, si has naufragado, la isla te parece una bendición del cielo: te dan ganas de besar la playa, de correr, de saltar y de cantar como un loco, agradeciendo al diablo la oportunidad de seguir viviendo.

La brisa es una caricia perfumada; el sol, una mano cálida sobre tu piel; la arena, oro en polvo. En fin, una delicia.



Indiana James

En busca de la prehistoria

Bolsilibros - Indiana James - 5

ePub r1.0
LDS 14.04.18

Título original: *En busca de la prehistoria*
Indiana James, 1985
Cubierta: Almazan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



GRANDES



AVENTURAS

Capítulo primero

No hay mucho que hacer en una isla desierta.

Al principio, si has naufragado, la isla te parece una bendición del cielo: te dan ganas de besar la playa, de correr, de saltar y de cantar como un loco, agradeciendo al diablo la oportunidad de seguir viviendo.

La brisa es una caricia perfumada; el sol, una mano cálida sobre tu piel; la arena, oro en polvo. En fin, una delicia.

Luego, te calmas, y miras a un lado y a otro, aprensivamente, por si alguien te ha visto hacer el idiota de manera tan flagrante y descarada. Más tranquilizado, te pones a pensar, explorar un poco la isla, palpas la roca estéril que cubre la mayor parte de su superficie, cuentas media docena escasa de raquíticos árboles, supuestamente exóticos…

… y se te ocurre que, morir de hambre y sed, debe ser mucho más lento y terrible que ahogarse.

Y levantas la vista hacia el horizonte.

Y no ves nada en él.

Vuelves a tranquilizarte. Te dices a ti mismo que vendrán a buscarte, que tienen que hacerlo, que ya debe haberse iniciado la búsqueda… Y, como no tienes nada mejor que hacer, te tiendes en la playa para que te encuentren bronceado y hecho un brazo de mar.

Cuando te has cansado de hacer de turista escandinavo en cualquier playa española o griega de mala muerte, extiendes la camisa en la playa para mejor referencia de la partida de rescate. Y, luego, amontonas piedrecitas en forma de flecha. Más tarde, escribes el tradicional S. O.S. en la arena de la playa. Y, después, preparas unos cuantos hierbajos por si pasan de noche y te preparas

para prenderles fuego, hasta que te das cuenta que no tienes con qué hacerlo…

… y, al segundo o tercer día, empiezas a ponerte nervioso.

Para entonces, ya te has comido los raquíticos frutos, supuestamente exóticos, de los raquíticos árboles, también supuestamente exóticos. Y has experimentado los poderosos efectos laxantes de la dieta. Y te has dado cuenta de que hay formas más horribles de morir, que no son de hambre y sed. Supongo que me explico.

La brisa ya no es una caricia perfumada, es un latazo que te ahoga durante el día y te congela por la noche; el sol no es ninguna mano cálida, sino una tortura, especialmente sentida en las ampollas que te cubren el cuerpo; y, el oro en polvo se convierte en asquerosa arena que se te mete por todas partes, sobre todo en… En fin, un fastidio.

Y te enfadas, y maldices la isla, y el sol, y los asquerosos elementos, y al hatajo de inútiles que te buscan y no te encuentran.

Creo que llevaba unos cinco días en la isla cuando el hidroavión pasó por primera vez, sobrevolando la playa a sólo doscientos metros de altura.

Yo salté, agité los brazos como un náufrago de chiste, grité hasta enronquecer, y di unos cuantos pasos de baile, en honor de la mujer que me miraba desde la cabina con unos potentes prismáticos.

Y el hidroavión se alejó.

Vale, vale, murmuré para mí mismo, condescendiente y agradecido con aquellos héroes sin par que habían tenido el detalle de localizarme. «Problemas de combustible, claro. Ahora, repostarán y, luego, a por el miserable náufrago».

No volvieron hasta el día siguiente.

Por muy lejos que hubieran tenido que volar para repostar, me pareció excesivo. No obstante, haciendo acopio de buena voluntad y comprensión, repetí mi *show* de bienvenida…

… y el aparato repitió su maniobra. Se fue.

—¿A qué estáis jugando, pandilla de cabrones? —aullé con todas mis fuerzas, al hidro que se perdía en la distancia.

Pasaron tres días más.

Los frutos exóticos y la diarrea eran ya cosa agotada y olvidada. Tenía una toalla de esmeril en lugar de garganta y un gran agujero

negro en el estómago. Incluso me comí cierta página de diario que valía una fortuna en forma de tesoro, tras aprendérmela de memoria.

Creo que tuve una fiebre de caballo. De día, la reverberación del sol sobre el mar me hacía ver barcos que no existían. De noche, creía oír un rumor de risas burlonas danzando en el aire. Lo único que realmente me mantenía en pie, lúcida, clara, límpida, obsesivamente, eran las ganas de romperles la cara a los graciosos del hidroavión.

Por fin, decidieron hacerme una tercera visita.

Esta vez no hubo *show*. Me limité a observarles con inquina, mientras describían los círculos de rigor sobre la isla. Uno, dos, tres, cuatro… Me tumbé tranquilamente en la arena, fingiendo una calma que no experimentaba, pero mi sorpresa fue mayúscula cuando vi que el hidro amerizaba en la bahía que tenía frente a mí.

Un hombre y una mujer vinieron a buscarme en un bote hinchable. El hombre, un pelirrojo flaco y desgarbado, llevaba un fusil ametrallador
«AR-15».
La mujer más modesta, se contentaba con un látigo enrollado al hombro y un revólver al cinto.

Vararon en la playa. El pelirrojo se quedó junto al esquife con los pies metidos en el agua y acariciando su fusil. La mujer avanzó indolente, las manos al cinto, los ojos tapados por el ala deformada de su sombrero «Baden Powell».

Por mi parte, me limité a enarcar las cejas, preguntándome si no se trataría de un nuevo espejismo.

Era una morena irreprochable. De las que saben convertir unos simples tejanos, unas botas de caña alta y una camisa desabrochada, en algo mucho más insinuante que su propia piel.

Si hubiera tenido algo de saliva, me la habría tragado a duras penas, y, si no hubiera estado tan débil, me habría abalanzado sobre ella para abrazarla entusiásticamente. En señal de agradecimiento por el rescate, claro.

Se plantó frente a mí con las piernas abiertas y los tacones clavados en la arena.

—¿Indiana Jack? —preguntó, con una cara de pocos amigos. Había que ser tonto, además de ciego para no darse cuenta que no

le había gustado ni un pelo, la forma como la había mirado. Al menos, cómo la había mirado un náufrago desnutrido, deshidratado, harapiento y hecho una piltrafa.

—James, Indiana James —puntualicé. Y enseguida supe que había vuelto a meter la pata hasta la ingle. Tampoco le gustaba que la corrigieran.

—Yo soy Virginia Jane Scapin —tuvo a bien informarme empuñando el látigo, en lugar de tenderme la mano—. Todos me llaman «Virgin»…

Hizo una pausa esperando a que yo dijera algo, pero me callé como un muerto.

—¿Y bien? —Se impacientó—. ¿No piensa hacer el clásico chiste sobre mi apodo?

—No. Así no tendrá el placer de replicar con el clásico latigazo en la cara.

Además, ya la conocía. Por referencias. Había oído susurrar su nombre en los peores tugurios de dieciocho continentes: «Virgin» Jane Scapin, *femme fatale*, reina de los asuntos turbios, dueña y señora de las jugadas sucias, propietaria de una colección de libros eróticos encuadernados con la piel de sus amantes desechados.

—¿Y bien, Jack? —dijo—. ¿Dónde está Harriford Jones?

Ésa era una pregunta que yo no podía contestar con exactitud. ¿Cómo explicar que unos cadáveres habían resucitado al entrar en el Triángulo de las Bermudas, se habían apoderado del aventurero millonario y me habían dejado en aquella minúscula isla?[1] Quería que me rescatasen, sí, pero no para ser internado en un manicomio.

Así que improvisé:

—Me lo comí.

Sus ojos verdes despidieron llamas heladas.

—Si es cierto —insistí—. Si hubieran amerizado el primer día, hubieran encontrado sus huesos, pero como tardaron tanto en decidirse, tuve que machacarlos para hacerme una papilla de hueso en polvo…

—¡Muy gracioso! —Escupió con furia, desenrollando el látigo—. Quiero la verdad, bocazas. ¿Se hundió con el *Spirit of the Shadows*?

—Más o menos… —respondí, sin comprometerme demasiado.

—Lo suponíamos —y sonrió—. Bien, le buscábamos a él y le hemos encontrado a usted. Un payaso por otro. Servirá para cierto

«negocio» que Jones y yo habíamos puesto en marcha.

Sentí un escalofrío, a pesar del sol de justicia que me hacía hervir los sesos. Me apetecía tanto asociarme con ella, como acostarme con una gata rabiosa.

—¿Y si me niego? —apunté, tímidamente.

Se encogió de hombros.

—Le dejo aquí. De todas formas, ya hemos informado que en esta isla no hay nadie. No podrán reprochamos nada.

Como para subrayar su amenaza, dio media vuelta y empezó a andar hacia el bote neumático. Y me asusté. Era perfectamente capaz de marcharse sin mí.

—¡«Virgin», espera…! —grité.

Se volvió como picada por un escorpión, oí un silbido, y apenas tuve tiempo de cubrirme con un brazo. El látigo se enrolló en mi mano, abrasándome aún más la piel. Caí de rodillas en la arena.

—¡No le he dado permiso para que me tutee!

—Creí que, siendo socios…

—Entonces, ¿acepta?

Acepté, claro. Alegremente. Con entusiasmo. Pensando que, tarde o temprano, me vengaría de aquello.

No me enteré muy bien de lo que vino a continuación. Sólo sé que me trasladaron a algún lugar de alguna costa, donde un montón de periodistas me fotografiaron, me estrujaron y me asaetearon a preguntas que no pude responder. Mis fuerzas se habían agotado y casi no podía tenerme en pie.

De allí me llevaron hasta un hospital donde otro montón de periodistas —o los mismos, yo que sé— me fotografiaron, me estrujaron y me asaetearon a preguntas que seguí sin poder contestar.

Un equipo médico expulsó a aquellos moscones al ver mi estado, cosa que les agradecí profundamente. Pero sus motivos no habían sido humanitarios, sino egoístas. Me querían para ellos solos. Aquellos sádicos me radiografiaron, me palparon, me cosieron a pinchazos, me zarandearon, me estrujaron y me cosieron a preguntas sobre mi estado físico, todavía más estúpidas que las de los periodistas, porque bastaba echarle un vistazo a mi cuerpecito para que, el más optimista de los mortales, estallase en quejumbrosos aullidos y vertiera surcos de lágrimas.

Cuando decidieron que no soportaría más torturas dejaron que me desplomase en una de las camas del hospital, limpio y séquito como un bebé. Cerré los ojos, después de pedirle a una enfermera que me despertase el siglo que viene, y mi cabeza aun no había tocado la almohada, cuando ya estaba dormido.

Después me enteré que dormí durante tres días y estuve casi toda una semana delirando e intentando tocarles el culo a las enfermeras. Ya ven, nada grave.

Cuando recuperé mis sentidos, ya no estaba en el hospital. Me encontraba en un conocido hidroavión en compañía de «Virgin» Jane Scapin, el pelirrojo de la isla y un piloto con pinta de mongol. Estaba vestido con mi equipo habitual: tejanos, camisa, chaleco de cremalleras y botas, pero recién estrenados. Todavía conservaban las etiquetas de las tiendas donde las habían comprado.

—Me quejaré a la dirección —dije, para romper el fuego—. En un hospital no deberían dejar entrar aviones.

—«Simpático» Jack, siempre haciendo de las suyas —respondió «Virgin», con más veneno que el de mil Viudas Negras juntas.

—James —le corregí.

—Me importa un bledo como se llame. Sigue siendo un imbécil.

—Pues, este año, los imbéciles estamos muy solicitados —añadí, exhibiendo mi mejor sonrisa. De imbécil, naturalmente—. Todo el mundo pide nuestra colaboración y eso merece un mejor trato. Si no nos tratan bien, solemos ser muy reacios a colaborar…

—Niéguese y tendrá una «recaída»… fatal. Recuerde que ha pasado por un momento muy delicado. A nadie le extrañaría.

—¿También «recaeré» si pregunto dónde vamos y qué pretende…?

—No. Puede preguntarlo.

—Pues lo pregunto.

«Virgin» sonrió gélidamente. Y se dio media vuelta, sin soltar una sola palabra.

Me lo tenía merecido. Poder preguntar no garantiza que quieran responderte.

Volamos durante varias horas y maté el rato, intentando recordar la letanía de Gardenfly *el Loco,* aquel críptico mensaje del siglo XVIII que podía conducirme hasta una fortuna de diez millones de dólares en doblones de oro, para transcribirla de nuevo al papel.

Decía algo así, como: «mi mano derecha señalaba el centelleo del ojo de Dios, y la izquierda, la campana donde nace el sol…». ¿O era al revés? Ya lo pensaría otro día porque, aquel mínimo esfuerzo, me había agotado.

Cerré los ojos y volví a mi dulce sueño.

Cuando desperté, era de noche y el hidroavión amerizaba en las tranquilas aguas de un lago, frente a un embarcadero iluminado por potentes focos. En las orillas, entreví las sombras de gigantescos abetos Douglas, una especie que sólo se encuentra en Canadá. Al desembarcar, noté el abrazo de un frío helado, ante el que mi chaleco se convertía en un simple adorno.

—Contenga el aliento —dijo ordenó «Virgin»—. Va a conocer gente importante.

A partir del embarcadero, se extendía una amplia explanada en la que se había instalado algo parecido a un campamento militar. Individuos uniformados iban de un lado para otro, como si ultimasen preparativos. Más allá de las tiendas, se distinguían las luces de un helipuerto.

En primer término, frente al embarcadero, y alrededor de una mesa profusamente servida, se distribuían seis hombres y una mujer. A la mayoría de ellos, les conocía por fotografías de prensa, generalmente publicadas en las páginas dedicadas a «ecos de sociedad». A otros, les conocía porque jamás permitían que una foto suya apareciese en la prensa, ni siquiera en los «ecos de sociedad».

Y a uno, le conocía en persona.

Y él, me conocía a mí.

Era un tipo de aspecto latino. Moreno, bajo y cuadrado, con una camisa de macarra por la que asomaba la frondosidad de un ensortijado vello oscuro del que se sentía muy orgulloso. Era un tipo que se levantó como impulsado por un resorte al reconocerme, chirriando los dientes y lanzando ráfagas de odio eterno por los ojos. Era un tipo que me señaló con el dedo tembloroso de ira, antes que «Virgin» pudiera abrir la boca. Era un tipo que, dirigiéndose a tres de los hombres uniformados, pronunció una sola palabra:

—¡Matadle!

CAPÍTULO II

Aquel tipo se llamaba «Macho» Gómez.

Era el mayor traficante de cocaína de toda Sudamérica, la clase de hombre que, cuando tuvo problemas con el gobierno de su país, financió un golpe de estado y se nombró a sí mismo presidente. Porque, como dijo en su discurso inaugural: «La patria necesita orden, autoridad y un buen par de cojones». Un tirano que ayudé a derrocar por motivos que no vienen al caso y que me la tenía jurada desde entonces.

Mal momento para ajustar cuentas. Mal momento para mí, por supuesto.

Los tres hombres uniformados avanzaron hacia mí, apuntándome con sus metralletas ligeras. Por el rabillo del ojo, vi a «Virgin» haciéndose discretamente a un lado.

Comprendí que, en una fracción de segundo, un diluvio de balas me dejaría bañado en sangre, destrozado, despedazado, liquidado muerto, *kaputt.*

Miré rápidamente a derecha e izquierda: ningún sitio donde esconderme…

Detrás: el lago, pero no me daría tiempo a lanzarme al agua. Y, aunque lo hiciera…

Delante: la reunión y los soldados con sus armas. Nada tampoco por ese lado…

Sólo tenía tiempo para morir.

—¡Alto! —tronó la voz de uno de los comensales—. ¿Te has vuelto loco, Gómez? ¡Necesitamos a ese fulano!

Quien había dejado sordo a medio Canadá, era Howling Butcher, el más salvaje, el más desenfrenado, el más bestia de todos los ídolos del *heavy rock*. Una mole humana que dejaba en ridículo al

mismísimo Meat Loaf, una fuerza desencadenada de la naturaleza, capaz de aullar durante tres horas seguidas ante su público, romper todos los micrófonos, agotar a su conjunto, destrozar el escenario y trasladarse a otro local para empezar de nuevo la sesión. Si Jimmy Hendrix astillaba su guitarra contra el suelo, él destrozaba los amplificadores a cabezazos; si Alice Cooper actuaba con una boa enroscada al cuerpo, él lo hacía en compañía de osos y gorilas; si la mayoría incluía explosiones y columnas de humo en sus *shows*, él los remataba con la reproducción a escala de un hongo nuclear.

Por una vez y sin que sirviera de precedente, había utilizado su fuerza vocal para algo constructivo: salvar una vida. *Mi* vida. Su grito tuvo la virtud de paralizar los dedos que ya empezaban a hacer presión sobre los gatillos.

Inmediatamente, entre los comensales, se alzó un rumor de protestas, acompañado de miradas de censura hacia Gómez.

El tono de voz del sudamericano se suavizó:

—Sólo quería comprobar si es el tipo que necesitamos —mintió descaradamente—. Sólo quería saber si tiene lo que hay que tener para participar en nuestra expedición, un par de… Bueno, ya me entendéis. Necesitamos un tipo puro, no un pelele con nombre de héroe de película.

«Virgin» medió en el asunto:

—Sobrevivió donde Harriford no pudo hacerlo.

—Eso no me basta —se apresuró a contrarrestar Gómez—. Aquel figurín dependía de sus propios trucos. Un pequeño fallo aquí o allá, algo fuera de lo planeado, y…

—Entonces, ¿cómo piensan comprobarlo? —añadió «Virgin» con sorna.

Y, acto seguido, empezó una discusión que recordaré el resto de mi vida. Aquellos siete individuos, aquellos siete ricachos, aquellos siete energúmenos amorales —y, en aquel momento, un poco borrachos—, fueron exponiendo sus particulares puntos de vista sobre cómo llevar a cabo el experimento, con la mayor de las naturalidades, sin importarles que yo estuviera presente.

Me hubiera gustado dar mi opinión, pero los cañones de las tres ametralladoras no hacían más que guiñarme el ojo para ver si me abalanzaba hacia ellas. No podía hacer nada, salvo esperar y observar.

Aparte de Butcher y Gómez, allí se encontraba Marvin Crane, conocido gángster, propietario de la mitad de los más turbios casinos de Las Vegas. Unos cuarenta y cinco años, seco, duro, sombrío y enjuto. Estaba acompañado de una rubia con aspecto asustadizo que lucía un esplendoroso ojo morado. Casi no participó en la discusión; parecía más pendiente de las curvas de la chica, que del futuro de un zarrapastroso como yo.

El quinto comensal era Jimmy Botts, propietario de la cadena Botts Burgers. Un tipo rechoncho y fofo, pretendidamente agudo y gracioso, que no paraba de gesticular mientras hablaba. El tonto de la pandilla. Proponía que me enfrentase a todo el grupo con una mano atada a la espalda. Para hacer las cosas más interesantes, ellos *casi* no irían armados. Total, unos simples cuchillos «Bowie», no tenían importancia.

El siguiente de la lista era Gary H. Lee. Éste tenía ideas más estimulantes. Quería que me atasen las manos a la espalda, me colocasen un frasco de nitroglicerina en precario equilibrio sobre la cabeza y me dedicase al bonito arte de la escalada. Se le notaba el sentido del suspense y del espectáculo. No en vano, había cimentado su fortuna en el Wonder Lee Circus, cuya principal atracción era «La Feria de los Monstruos»: una reunión de seres deformes, de caprichos estrafalarios de la Naturaleza, expuestos a la burla y regocijo del público que se consideraba «normal» por el mero hecho de tener la nariz en medio de la cara y la caja craneal vacía. Sus risitas secas, siniestras, reverberantes, me crispaban los nervios.

El grupo lo cerraba Dave «Diamond» Crawford, mitad holandés, mitad sudafricano, el hombre que controlaba la mayor parte del tráfico ilegal de diamantes. Un tipo albino, de facciones delicadas, casi aristocráticas, y modales refinados. Rumores, completamente fundados, apuntaban que su deporte favorito era la caza de negros. Ya ven, nada del otro jueves para alguien como él. Hasta se hubiera sentido ultrajado si alguien tuviese la nefasta idea de recordarle que sus presas formaban parte del género humano. Proponía soltarme en el bosque, darme una ligera ventaja —compensada por el hecho de haberme quitado las botas— y lanzarse a una alegre cacería de doce horas. Si sobrevivía a ese lapso, sería aceptado en el grupo.

Al cabo, se impuso la propuesta de Gómez: me lanzarían a las

heladas aguas del lago, iluminadas por potentes reflectores, y tratarían de arrollarme con sus «Zodiac» fuera borda. Si las esquivaba durante media hora, habría demostrado tener los suficientes… *eso*. Si no…

Intenté discutir con las ametralladoras. Pero, aunque yo protestaba enérgicamente y ellas callaban, terminaron por imponerse. Acepté con cortesía la invitación de tirarme al agua, ¡*chaaaaf*!, y resistí la tentación de buscar refugio entre los pilares del embarcadero. Debo reconocer que, una cortina de balas disparadas a ráfagas, influyeron lo suyo en mi decisión. Una amplia zona a mi alrededor quedaba iluminada con los focos y supe que la luz me seguiría a dondequiera que nadara.

Dos de los hombres uniformados se hicieron cargo de sendas lanchas. Me sentí muy honrado de que «Macho» Gómez en persona, se encargase de una tercera.

Mientras me limitaba a mantenerme a flote, más vacío de ideas que el presidente de mi país, contemplé el embarcadero. Se había convertido en la tribuna del improvisado espectáculo. Los millonarios, todo corazón, habían dejado que la tropa se mezclase con ellos para formar un frente expectante. Los espectadores bebían, charlaban, cruzaban apuestas, dispuestos a jalear a quien fuera necesario: a mis cazadores, o a mí. La democracia ante todo.

Botts, el hamburguesero mayor del reino incluso me sonreía cordialmente, como diciendo: «No, no tenemos nada contra usted *just fun!»*.

I'ts

«Virgin» Jane hizo algo más práctico. Desenrolló el látigo de su hombro, agitándolo en el aire.

—¡Defiéndete, Jack! —Y me lo lanzó.

—¡James! —Me sentí obligado a aclarar. Aquellos estúpidos eran capaces de enterrarme con un nombre distinto.

Francamente, me hubiera hecho más feliz un lanzamisiles

mar-mar,

pero lo cacé al vuelo de todas formas y lo enrollé, antes de empezar a nadar furiosamente…

… hacia ninguna parte.

Oí el rugido de los motores al arrancar.

Seguí braceando desesperado. Al menos, el ejercicio me ayudaba

a entrar en calor. Aquellas aguas debían estar una décima de grado por encima del punto de congelación.

Bramaron las «Zodiac» y, por el ruido, se acercaban muy deprisa. Me volví: las tres lanchas se habían dispuesto en fila india, como buenas y disciplinadas chicas. La primera se encabritó sobre las aguas y voló en línea recta hacia mí.

Sólo podía hacer una cosa: sumergirme.

Y así empezó el macabro juego: las «Zodiac» me embestían sincronizadamente, mientras yo buscaba las profundidades, una y otra vez, para evitarlas. Pero todos sabíamos que aquello no podía durar indefinidamente.

Diez minutos después, los pulmones me oprimían el pecho, ardientes como estaño fundido. Los relevos eran cada vez más rápidos y apenas me daban tiempo de tomar una rápida e insuficiente bocanada de aire, antes de tener que volver a sumergirme. No obstante, podía oír las risotadas de Gómez y sus lacayos, entre trago y trago de cerveza, entre chupada y chupada a sus respectivos habanos. Aquellos cerdos se lo estaban pasando en grande.

Por ese camino no iba a ninguna parte, como no fuera a una tumba lacustre. Las pocas fuerzas que había reunido en mi cura hospitalaria de sueño y descanso, estaban a punto de agotarse. Hacía rato que se había encendido la lucecita roja de la «reserva»…

… y una lancha embestía de nuevo.

Esta vez, apenas me sumergí. El casco de la lancha pasó a pocos centímetros de mí y el torbellino de la hélice me sacudió peligrosamente. Me impulsé hacia arriba con fuerza, hice restallar el látigo en el aire, y lo fustigué en dirección a la lancha, que viraba en un ángulo de 90.º. Si lograba acertarle al tipo que la manejaba…

Fallé.

La punta del látigo se enrolló en la hélice del fuera borda.

El tirón casi me arranca el brazo de cuajo. Durante unos segundos, unos eternos segundos, me empeñé en no soltar la empuñadura y fui arrastrado por los 15 CV de la embarcación.

El piloto forzó el motor y mi grito quedó ahogado por una tonelada de agua que inundó los altos hornos que eran mis pulmones. Tuve que soltar el látigo…

… que se enrolló, en un abrir y cerrar de ojos, en la hélice de la

lancha.

Debió formar una madeja en torno a las aspas, debió encallarse al llegar a la sólida empuñadura, no lo sé. El caso es que la «Zodiac» se detuvo. Cerca, allí mismo, a mi alcance.

Aquella inesperada oportunidad actuó sobre mi organismo como el más eficaz de los reconstituyentes. Nadé como solo un campeón olímpico y un tipo desesperado que se juega la vida en cada brazada, pueden hacerlo.

En cinco segundos, estaba junto a la lancha. Me colgué de la borda y dejé caer todo mi peso, intentando que perdiera estabilidad.

El piloto abandonó el motor e intentó librarse de mí, aplastando el extremo encendido de su puro en el dorso de mi mano. ¡Fissss! Apreté los dientes para aguantar el dolor.

Debió opinar que mi carne era demasiado dura para que se asase a su gusto, porque decidió «macerarla» machacando mi mano a patadas. ¡Tronk! ¡Tronk! Esta vez, no conseguí mantener la dignidad, la sangre fría, el desafiante silencio. Y grité. Grité de dolor y rabia, de furia y frustración…

… y le apresé su delicado piececito, empujándole hacia atrás, haciéndole perder el equilibrio. Se revolvió sobre sí mismo, agarró una botella vacía de cerveza en el momento en que yo ya había izado medio cuerpo, e intentó partírmela en el cráneo.

Aprovechando el impulso hacia arriba, di una voltereta y le aplasté los morros. ¡Chaaaf!, de una patada con ambos pies.

Ésa fue la parte difícil.

Después, vino un corto forcejeo, un buen número de golpes bajos —no estaba yo para sutilezas—, un repetido
uno-dos,
¡plak, plak!, en sus orejas y le machaqué, ¡crunch!, contra la borda. De un simple soplido, cayó al agua.

La «Zodiac» era mía. O eso creí, hasta que le vi intentar mi misma jugada. Está feo ser rencoroso, lo sé, pero el crujido de sus dedos cuando los hice trizas con mi bota, me sonó a música celestial.

Si quería pegármela, tendría que intentar otra cosa. Y lo intentó: empezó a desenredar el látigo. Así podría hostigarme a cierta distancia, mientras sus compañeros me abordaban. Salté hacia la popa y le agarré por el pelo con una mano, mientras le martilleaba

la cara con la otra, repetida, salvajemente. ¡Thunk! ¡Thunk! ¡Thunk!

Pero estaba consiguiendo su propósito. Al menos, en parte. Porque la hélice, liberada a medias del látigo, anunció su vuelta a la normalidad con un ronco rugido…

… hasta que encontró un nuevo escollo en el que tropezar: el rostro del piloto.

El agua se tiñó rápidamente de sangre y cuando le estiré del pelo para intentar sacarle, aquel hombre ya no tenía cara, sino un amasijo informe de carne triturada, sangre y huesos machacados.

—¡Mierda! —Se me escapó.

Le solté, conteniendo una arcada. No hubiera podido resistir un segundo más aquella visión de pesadilla.

El bramido de otro motor, me recordó que los problemas aún no habían terminado. El período de expectación se acabó. La caza se reanudaba.

La segunda lancha embestía directamente hacia la mía, con intención de arrollarme…

… y no podía hacer nada por evitarlo. La cabeza del macaco que ahora debía estar hundiéndose, había resultado demasiado dura y estropeado las palas de la hélice. Sólo conseguía dar vueltas sobre mí mismo.

A grandes males, grandes remedios. Puse el motor en punto muerto, fingiendo no poder arrancar, y esperé.

En el último segundo, di gas y pude apartarme lo suficiente, ni un milímetro más, para esquivar la embestida y empezar de nuevo el tiovivo acuático. La otra lancha pasó rozando la popa de la mía. Sentí el latigazo del aire y un vuelco en el estómago.

No sabía si estaba mareándome por los círculos de mi «Zodiac» o por la debilidad. Por si acaso, paré el motor, mientras la segunda lancha se dirigía hacia la de «Macho» Gómez, prudentemente inmóvil en retaguardia. El piloto debía ir a pedir instrucciones. Eso me daba una breve tregua, pero nada más. No volverían a caer otra vez en la misma trampa.

En el embarcadero, la mayoría de los espectadores aplaudía y agitaba los brazos, *vitoreándome*. Decididamente, aquello era surrealista.

Entonces, me fijé en las botellas de cerveza que sembraban el casco de la «Zodiac». Tenía unas cuantas botellas vacías y una

hélice estropeada. ¿Qué podía hacer…?

… Llenar una botella con gasolina del depósito y convertirla en una bomba.

Hurgué desesperadamente en el motor, arranqué el tubo de empalme y llené la botella con la gasolina que salía a borbotones. Me rasgué la camisa y fabriqué un tapón casero. Estaba empapada de agua, pero esperé que fuera capaz de absorber un poco más de líquido: la gasolina.

Justo a tiempo: la segunda lancha embestía de nuevo.

Y me acordé de que, para hacer que la gasolina arda, no bastan las buenas intenciones. Se aconseja tener algo con lo que prenderle fuego.

Palpé frenéticamente los bolsillos de mi chaleco de cremalleras. En teoría, debía llevar un encendedor con la leyenda «I love Harriford Jones» que le había birlado a aquel cretino.

Reconocí al tacto la forma cilíndrica. Lo saqué y accioné varias veces el pulsador. Era inútil. No producía la más mínima chispa…

… y la «Zodiac» seguía acercándose…

… y yo no podía detonar mi bomba.

¿O sí? Allí, en un rincón de la lancha, vi la colilla del puro con que me habían quemado la mano. La recogí y soplé en la punta, esperando que no se hubiera apagado completamente.

No, no se había apagado. Una débil brasa empezó a brillar cada vez con más fuerza. Apliqué el puro al jirón de mi camisa…

… y éste se inflamó.

Sólo me quedaba una cosa por hacer: puntería.

Pero no me quedaba tiempo. La lancha enemiga estaba prácticamente sobre la mía.

Me acordé de mis tiempos de «*pitcher*» en el equipo de béisbol de la Universidad y tiré la botella. Acerté en el mismo centro de la «Zodiac». Lo supe por la explosión.

Un hongo de fuego se elevó sobre las aguas en calma del lago, el piloto gritó desgarradoramente, y se lanzó de la lancha con el uniforme y el pelo en llamas.

Sus gritos levantaron un eco de entusiastas aplausos y alegres exclamaciones entre los degenerados del embarcadero.

«Macho» Gómez debía estar pasándolo mal. Ahora, tenía que hacer el trabajo encargado a los otros dos. El bronco rugido del

motor de su embarcación parecía querer transmitirme toda la rabia del tirano derrocado, un segundo antes de impulsarse hacia mí con ansia homicida.

Miré a mí alrededor y constaté que no me quedaba nada por hacer. Había gastado todos mis cartuchos. Seguía teniendo botellas de cerveza, pero no me quedaba gasolina, ni puro con qué prenderla. Sólo podía tirarme al agua y dejar que Gómez se divirtiera un rato antes de hacerme pedazos.

Tuve una idea.

Agarré una de las botellas por su cuello, me incorporé, e hice gestos ostensibles de triunfo, antes de lanzarla contra la lancha del «Macho». Quizá en la semioscuridad, con la velocidad, con el recuerdo de la explosión anterior, con mucha mucha suerte…

… y «Macho» Gómez, desmintiendo su famosa frase del «par de cojones», acuñada en el discurso de investidura, se lanzó aterrado al agua antes que la botella, debido a mi nerviosismo y mala puntería, se perdiera por encima de la lancha.

Yo también me lancé de la mía, un segundo antes que las dos embarcaciones, sin nadie que las guiase, colisionaran espectacularmente.

Me había salvado de un asesino.

Ahora, sólo tenía que salvarme de sus seis compañeros.

CAPÍTULO III

Me equivoqué. Me recibieron con el clamor inconfundible con que se obsequia a los ejércitos victoriosos después de la matanza.

Butcher, el ídolo-*rock*, tiró de mi brazo para sacarme del agua. Afortunadamente, no me soltó. Con su fuerza, hubiera aterrizado varias decenas de metros lejos de la orilla.

En un instante, me vi rodeado por los demás, que comentaban lo sucedido como si se tratase de una apasionante e incruenta película de moda.

—¡Genial, tío! ¡Genial! —aprobaba Butcher.

—¿Le interesaría trabajar en mi circo? —proponía Gary H. Lee —. Naturalmente, podemos presentar un número más fácil. Digamos… ¡una lucha a muerte con una docena de cocodrilos del Nilo! ¿Qué tal?

Todo eran parabienes y felicitaciones. Ni siquiera se les ocurrió considerar la posibilidad de que yo estuviera furioso, de que me habían obligado a jugarme la vida, de que casi había muerto, de que en justa compensación sentía ganas de partirles el alma a todos.

«Virgin» se encargó de echar el cubo de agua helada al calor de la fiesta:

—No ha estado mal del todo —admitió, con la desidia de quien aplaude por compromiso tras una soporífera conferencia sobre «El Atractivo Sexual de las Partículas Subatómicas»—, aunque, para salir de ese ridículo apuro, claro, ha necesitado casi… —Miró su reloj—, ¡veinte minutos!

—¡Oh! Si se trataba de batir algún récord, podían habérmelo advertido —respondí sin poder contenerme y muy consciente de que el látigo de la dama se encontraba en el fondo del lago—. Me hubiera dado un poco más deprisa.

—Supongo que lo haría para crear suspense, ¿no? —agregó ella, ofensivamente.

—Por supuesto —corroboré—. Quería que se fuera haciendo lentamente a la idea de perder el dinero de su apuesta. Sigo vivo.

—Me debe un látigo —sentenció, antes de dar media vuelta.

Pensé que también le debía un latigazo. Pero no dije nada.

«Macho» Gómez llegó un rato después. En un bote. Chorreando agua y rabia. En cuanto puso pie en tierra, aulló órdenes para que me cosieran a balazos, pero los demás le hicieron callar burlándose de él, en un tono que debió sentarle como el esputo de un tísico en plena glotis.

Tendría que andarme con cuidado los próximos días. Se moriría de ganas de vengarse de mí. Y a ser posible a traición.

Me llevaron al campamento y me proporcionaron una toalla y ropa limpia, seca y de abrigo. Al sacarme las botas —que pensaba conservar, junto al chaleco de cremalleras— encontré los restos de la copia del manuscrito de Gardenfly, la llave oculta de mi tesoro particular. Tendría que copiarlo de nuevo, antes de que se me olvidase: ¿cómo era aquello de la campana, el ojo y Dios?

Aún estaba peleándome con la memoria, cuando me llamaron para que acudiera al helipuerto Mientras los soldados distribuían cajas de material en dos gigantescos helicópteros de transporte «MBB», se me acercó la rubia del ojo morado, a chica de Manan Crane, el gángster preocupado.

—Me alegro que no le pasase nada. Ha sido espantoso —masculló, tímidamente. Y supe que había sido la única persona, *del público*, que realmente no había disfrutado con el espectáculo.

—En peores situaciones me he visto —respondí, tratando de quitarle hierro al asunto.

—¿Siiiií? —exclamó con asombro.

Como no tenía ni tiempo, ni ganas, de explicarle mi vida, cambié de conversación:

—¿Qué le ha pasado en el ojo?

Deseé haberme convertido la lengua en picadillo de hamburguesas, cuando la vi enrojecer ostensiblemente. Sin querer, en un acto reflejo, desvió la vista hacia su «dueño», Marvin Crane, que en ese momento se acercaba a grandes zancadas.

En el rostro del gángster se leía una expresión tensa, de furia

contenida. Se tenía que ser *demasiado* imbécil para no prever problemas. Y, a pesar de «Virgin», yo no lo era.

Crane agarró a la chica por el codo y la apartó de mi lado con un violento tirón:

—¡Rita, ven conmigo! —espetó. Y la chica enrojeció aún más. Después, se encaró conmigo—: ¡Y tú, déjala en paz! ¿Entendido?

En el tono de su voz, bullía la sospecha paranoica de que había estado intentando ligármela con fines de esos que suelen llamarse inconfesables, pero que son los que suele admitir todo el mundo a las primeras de cambio.

—Sólo estábamos hablando —balbucí, desconcertado por aquella absurda e injustificada explosión de celos.

—Si quieres hablar, habla conmigo… Pero no vuelvas a dirigirte a ella. Ni una palabra. ¿Entendido?

No esperó que respondiera. Se alejó, llevándosela casi a rastras.

—Está completamente colgado de esa fulana —oí que decía Gary H. Lee, nuestro circense particular, en tono sarcástico—. Marvin Crane, el hombre que hace temblar las piedras, el hombre que controla varios miles de personas en la ciudad del vicio, está enamorado de una putilla como cualquier colegial. ¿Qué le parece?

—Un poco increíble —reconocí.

—Pues, créaselo —en los ojos del empresario de circo, apareció un destello de desprecio—. Sabe por qué la ha traído a esta expedición, ¿a pesar de nuestras prohibiciones? Pues porque si no, se hubiera vuelto loco imaginándola en la cama de cualquiera de sus hombres. Y lo más divertido: con motivo. La pega, la trata a patadas, pero depende de ella como un yonqui de su dosis…

Creí que exageraba. Lo creí de verdad, hasta que, un par de horas más tarde, cuando volábamos en uno de los dos helicópteros, se produjo en nuevo incidente.

Antes, no obstante, yo había creído que era el momento oportuno para aclarar unas cuantas cosas:

—Es muy agradable que a uno le rapten, le zarandeen, le lleven de aquí para allá en contra de su voluntad, le hagan jugarse la vida y todo eso, pero… ¿podría saber a qué debo el honor de que me proporcionen tantos placeres?

El grupo de crápulas se limitó a observarme risueño, burlón, sin despegar los labios.

—Entiendo —insistí—. Todavía no se han terminado las sorpresas, ¿es eso?

—Más o menos —admitió «Virgin», tomando la representación del equipo.

—Adoro las sorpresas —reconocí—, pero me gustaría saber si voy a ser abandonado en pleno Ártico, o tengo que destrozar un iceberg a cabezazos, o he de talar todos los bosques canadienses a mordiscos.

—Nada tan emocionante. Sólo vamos de caza.

—¡Ah, de caza! —exclamé, cada vez más desconcertado—. Entonces, se han equivocado de hombre. Si quisieran jugar un partido de golf, bueno, aún podría hacer de *caddie*. Pero, una partida de caza… No, no es mi fuerte. No me interesa en absoluto.

—¿Ni siquiera si la pieza a cobrar es un mamut? —preguntó «Virgin», acentuando todavía más su sonrisa burlona.

—*¡¿Un mamut?!*

Debí poner la cara de imbécil adecuada, porque mis simpáticos compañeros estallaron en carcajadas. Bien, si les gustaba jugar a los disparates, no pensaba quedarme atrás:

—¡Claro, un mamut! ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Y, de paso, podríamos cazar también un par de tigres «diente de sable». Sólo por no aburrirnos…

—¡No haga el imbécil de nuevo, Indiana Jack! —explotó la mujer. Por lo visto, sólo podía jugar ella.

—¿Quién hace el imbécil? —contraataqué—. Ahora mismo nos montamos en una máquina del tiempo, y ¡hala!, en busca de la prehistoria y sus mamuts…

«Virgin» se echó la mano al hombro, antes de cerrarla convulsivamente en el aire. Si hubiera llevado el látigo, el *imbécil* de Indiana James se hubiera ganado otra cicatriz como premio.

Aspiró aire profundamente y se obligó a sí misma a calmarse, antes de responder:

—No necesitamos ir en busca de la prehistoria Jack. La prehistoria vendrá a nuestro encuentro.

Aquel galimatías no me aclaraba absolutamente rada, pero no pude insistir. Howling Butcher, la bestia-*rock*, aprovechando lo apretaditos que íbamos, colocó una mano en el muslo de Rita, como aquel que no quiere la cosa. Había estado bebiendo, había captado

la situación del gángster y su chica, e intentó calibrar su reacción.

Fue explosiva.

Aquel canijo se lanzó sobre la mole humana de Butcher, lanzando espumarajos por la boca.

Hubo una corta pelea, el helicóptero bandeó peligrosamente, algunos de los que intentamos separarles recibimos más golpes que los dos contendientes y, finalmente, se restableció una tensa calma gracias a Crawford, el sudafricano. Bueno, gracias a él y a la pistola que apoyó en el pecho del gángster para que éste entrase en razón.

Después de eso, desistí en mis investigaciones. Ya me enteraría de todo el asunto. Y si tenía que hacer caso a mi presentimiento, cuanto más tarde, mejor.

El viaje, siempre hacia el norte, duró más de tres horas.

A la izquierda del helicóptero, paralelamente a su trayectoria, discurría el perfil interminable de las Canadian Rockies, las Rocosas Canadienses. Las manchas blancas indicadoras de nieve se fueron haciendo más y más frecuentes, hasta terminar cubriendo el paisaje de un manto frío y cegador. La aparente calma de los lagos escondía una capa de hielo que igualaba su superficie. En el avión, contagiados del ambiente, terminamos replegándonos sobre nosotros mismos, abrazándonos las rodillas como si quisiésemos evitar la irremediable pérdida de calor.

Aterrizamos en una gran explanada, en el límite de las montañas con la tundra. Allí, en aquel lugar aislado y alejado de la civilización, habían erigido lo que parecía una especie de base científica o militar. Además del helipuerto, se alzaban un gran pabellón central, dos depósitos semiesféricos de combustible y, cerca de éstos, una hilera de barracones para el personal y almacén.

Todo más o menos normal…

… excepto un enorme hangar, de medidas desproporcionadas, inverosímiles, situado a unos quinientos metros de distancia. Un edificio gigantesco que me hizo recordar las palabras de «Virgin»: habíamos venido a cazar mamuts… De pronto, la idea ya no me parecía tan descabellada.

Y, en cuanto descendimos del helicóptero, fue precisamente hacia ese hangar a donde nos condujeron los hombres de la base.

Uno de ellos abrió la puerta que ocupaba toda pared del hangar y aparecieron unos barrotes gruesos como troncos. Y detrás de los

barrotes… —¡Mierda!— exclamé.

Lo siento. Se me escapó.

CAPÍTULO IV

No era más que lo que «Virgin» me había anunciado durante el vuelo y que yo, imbécilmente —sí, sí, esta vez lo reconozco—, me había tomado a broma…

… *¡mamuts!*

Pero, una cosa es que te hablen de su existencia y otra, muy diferente, verlos ante ti. Mi primera impresión —y estoy seguro que la de los demás— fue de pavor, de sobrecogimiento, de escalofrío, de sentirme pequeño y ridículo, una insignificancia, un minúsculo fallo de la naturaleza.

—Es… ¡es imposible! —susurré, absolutamente apabullado.

—La típica actitud de los imbéciles: negar la evidencia —contestó una voz jumo a mí, la de Virginia Jane Scapin.

Me volví para mirarla. Tenía una expresión radiante, orgullosa, triunfante. Me había puesto en su sitio. Era como si yo le hubiera pedido que me diese una bofetada. Y me la había dado. Y estaba dispuesta a darme cien mil más.

Aquello me escoció. Uno tiene su orgullo.

—¿Cómo lo han conseguido? —pregunté, seriamente—. ¿Descongelando un ejemplar de esos que se encuentran de vez en cuando?

No. Aquello era imposible. Y no necesité mirar su sonrisa despectiva de la aventurera para confirmarlo.

—¿Sabe lo que es la clonación? —preguntó ella a su vez—. No, supongo que no…

—Es una teoría científica según la cual, sería posible hacer una copia exacta de un organismo vivo, a partir de la información genética contenida en una sola de sus células —recité de corrido, como si estuviera en la escuela, No soy tan ignorante como algunas

imaginan.

—¡Premio, Jack! —Se carcajeó «Virgin», aplaudiendo como si estuviera a punto de darme un caramelo por ser un niño bueno y aplicado—. Y aquí tiene el resultado.

—Pero ¿cómo?… Eso, hoy por hoy, es…

—¿Imposible? Adelante, Jack. Vuelva a negarlo.

Tenía ganas, pero no podía hacerlo.

La bestia —las bestias, pues había más de una— eran enormes. La mayor, cuadruplicaba la altura de un hombre. Ambas tenían el cuerpo cubierto por un pelo áspero, en mechones; el lomo formaba un tobogán que descendía de la testuz a la grupa; colmillos inmensos, retorcidos y abiertos hacia los lados, con sus buenos 80 kilos cada uno; trompas enormes, al lado de las cuales, las de los elefantes parecían una miniatura.

—No se han creado en una probeta, Jack —siguió explicando «Virgin»—. Una vez conseguida esa célula necesaria, de los ejemplares congelados, sólo hay que multiplicarla e injertarla en la matriz de una elefanta. Es el animal más parecido al primitivo mamut y tiene un buen tanto por ciento de posibilidades de desarrollarse. Se malograron varios intentos, pero, al fin… —Y señaló los extraordinarios ejemplares.

—Entonces, ¿qué edad tienen?

—¡Oh, ese de ahí, el macho, el más grande, casi veinte años! La hembra no llegará a los quince.

Aquello no cuadraba.

—¿Y todo esto fue organizado por Harriford Jones y por… por usted? ¡Eso sí que es imposible! —protesté—. ¡Hace veintitantos años, ni siquiera habría nacido!

Creí advertir un destello de coquetería en sus ojos esmeralda, antes de responder. En todo caso, su voz se hizo algo menos dura:

—Los primeros experimentos, el embarazo de las elefantas y el cuidado de las crías recién nacidas, fue cosa de un equipo de biólogos del Departamento de Estado de los EE. UU. Reconozco que trabajaron bien, pero no fueron tan eficientes guardando el secreto. Hubieron ciertas filtraciones que llegaron hasta Harriford y yo, y… Bien, el equipo sufrió un desgraciado accidente del que no quedaron supervivientes. Naturalmente, no podamos dejar desamparados a sus animalitos…

—¡Naturalmente!

—Así que nos hicimos cargo de ellos. Y también ideamos la forma de sacar provecho a la situación.

Señaló al grupo de millonarios que no apartaran los ojos de los mamuts, absolutamente fascinados.

—Estos caballeros participarán en la partida de caza más excitante de sus vidas. Tendrán la oportunidad de abatir una presa única, una presa que ningún cazador contemporáneo ha cobrado, ni podrá cobrar jamás… Y, eso, tiene su precio. Muy muy elevado, por cierto.

Poco a poco, sentía que se me iba formando un nudo en las entrañas.

—Y, ¿para qué me necesitan a mí? —pregunté, sudoroso.

—*Prince*, el macho, será soltado y se convertirá en la pieza a cobrar. *Snow White*, la hembra, se presentará posteriormente a la prensa. Usted, que al parecer se ha ganado cierto prestigio, aunque no alcanzo a comprender cómo, será el testigo de la hazaña de estos héroes. Contará que el macho escapó y tuvo que ser abatido, pero que, felizmente, la hembra pudo ser controlada.

El nudo de mis tripas debía ser gordiano, porque empezaron a dolerme ferozmente. De incredulidad, rabia y repugnancia. A la gente de la calle —y no digamos a la comunidad científica— les parecería vomitivo que un puñado de millonarios abatieran por diversión una página viviente de la historia. Pero, si se certificaba que no habían tenido más remedio y, por añadidura, presentaban un ejemplar de mamut, vivito y coleando, podrían convertirse en aclamadas celebridades.

Y el que tenía que certificar semejante locura… era yo.

Los animales se movían muy lentamente, balanceándose a un lado y otro, inquietos. Era como ver estremecerse a una colina, como si enormes peñascos se levantasen tras un sueño de siglos y echasen a andar.

Y querían matar a una de aquellas reliquias de la Prehistoria, y lo harían riendo, bebiendo y disparando una y otra vez, y contemplarían su agonía, satisfechos, hinchados de orgullo y estulticia, y yo tendría que palmearles la espalda delante de la prensa, y me convertiría en el cómplice de un asesinato insano y absurdo, y…

¡No!

No sé cómo me las arreglaría, no sé cómo lo haría, no sé cómo actuaría, pero no estaba dispuesto a dejar que se salieran con la suya.

Miré de reojo a «Virgin» y leí claramente la advertencia en su rostro: «O colaboraba, o era hombre muerto». No necesitaba decirlo con palabras, su expresión era suficientemente elocuente.

El silencio fue roto por Rita *Short*:

—¡Es imposible! —exclamo con un hilo de voz—. Son… son demasiado grandes. No se puede matar a una cosa así…

El gángster, pasando un brazo posesivamente por encima del hombro de la chica, esbozó una sonrisa:

—¿Que no? Yo, sí podre. Ya lo verás…

—No, Marvin, no podrás. Son tan grandes y tú tan…

—¿Tan qué, imbécil? —Y le soltó una sonora bofetada que la hizo rodar por los suelos—. ¡He dicho que lo mataré y lo haré!

Ninguno podía imaginar que acababa de firmarse la sentencia de una espantosa tragedia.

El tipo que nos había acompañado hasta el hangar, tomó la palabra:

—Será mejor que les dejemos por ahora. La luz artificial les pone nerviosos.

Nadie se hizo de rogar.

Volvimos al campamento. Los hombres uniformados habían estado descargando las cajas de material y se retiraban hacia sus barracones. Entre lo extraído del helicóptero, divisé varios *skidoos*, trineos motorizados. Por lo visto, los «valientes» expedicionarios ni siquiera estaban dispuestos a cansarse un poco, trotando tras su víctima. ¡Mierda, les hubiera ahogado retorciendo el cañón de sus rifles en el cuello!

Nosotros nos dirigimos hacia la nave central. Allí, las dependencias eran lujosas y confortables, como correspondía a la categoría de los señorones que las iban a ocupar. Había dormitorios individuales con ducha, calefacción, biblioteca, y una amplia sala común decorada como un refugio de montaña, con mullidos sillones dispuestos alrededor de una gran chimenea. Una de las paredes de esa sala, estaba dedicada enteramente a albergar una enorme barra con los mejunjes más sofisticados del universo.

Era la una de la madrugada, pero nadie quería irse a dormir. Pasada la impresión inicial, la visión de la presa había despertado el cazador de estirpe, el animal sanguinario que dormía dentro de todos y cada uno de ellos.

Sin hablar, sin ponerse de acuerdo previamente, se dedicaron a engrasar su armamento y contar sus balas explosivas. Botellas de *whisky*, *bourbon*, ginebra y vodka, empezaron a correr de mano en mano, y pronto se creó una repugnante charla general.

—… es como matar un elefante, seguro —decía Crawford, el Señor de los Diamantes—. Hay que apuntar al centro de la línea imaginaria que une las dos orejas. Un impacto y… ¡bumm!, listos.

—¿Y para eso pagamos una fortuna? —protestaba el Rey de las Hamburguesas—. ¿Para que la diversión dure 10 segundos?

—No será tan fácil, Botts —le corrigió el Emperador del Circo—. Se le soltará al amanecer y eso le dará tres horas de ventaja. Puede recorrer mucho terreno en ese tiempo.

«Macho» Gómez, a quien los mamuts parecían haberle borrado de la mente el «tic» de mirarme con inquina cada cinco segundos, también tenía sus ideas:

—Propongo que utilicemos armamento de calibre mediano. Las armas pesadas, sólo serán para casos de emergencia.

A medida que las botellas se vaciaban, la nostalgia se apoderaba de ellos y no tardaron en narrarse mutuamente viejas «hazañas». Crawford relató con escalofriantes detalles una de sus cacerías de negros; Botts se jactó de haber abatido ilegalmente varios ejemplares de águila calva, el emblema de su país; Gary H. Lee rememoró fiestas privadas en las que una jauría de perros famélicos tenía que competir con un león hambriento; Gómez protestó, diciendo que era mucho más divertido lanzar prisioneros políticos a la fieras.

Crane, en cambio, no decía nada. Vigilaba a su fulana, completamente borracha, que se había empeñado en palparle los músculos al ídolo-*rock*.

—*Dú edes el unido ge podrá gon el mowú…* —repetía con voz pastosa, convirtiendo la frase más sencilla en un imposible trabalenguas, absolutamente indescifrable—, *porgue dú edes gande gomo un momú… ¡dodo tú ez gande gomo un momú!*

Y su mano desapareció entre las piernas de Butcher, ávida,

acariciante, mientras éste sonreía al gángster y abría los brazos, como queriendo certificar que él no hacía nada, que todo era cosa de la chica.

«Virgin» era la única que se había ido a dormir. Según había anunciado, el tratar que un imbécil entendiera la situación era tan agotador que estaba deshecha. No le pregunté a quien se refería, naturalmente.

Yo estaba completamente asqueado, raro tampoco tenía sueño, así que busqué algo con que distraerme en la biblioteca del edificio, antes de irme a mi cuarto. Escogí al azar un libro de cuentos, uno de Patricia Highsmith, titulado: «Crímenes Bestiales para Amantes de los Animales».

El primer cuento se titulaba «La última actuación de Corista». Y *Corista* era una elefanta confinada en un zoológico, un animal que echaba en falta la libertad de que había gozado en África y llegaba a sentir afecto por su cuidador, Steve, un tipo realmente considerado. Llegaba el día en qué Steve se jubilaba y, luego, moría. Su sustituto resultaba ser un CABRON, así, con mayúsculas. La vida se convertía en una lenta agonía para *Corista* y esperaba la muerte como una liberación, como la oportunidad de reunirse con Steve, allí donde estuviera…

Me da un poco de rubor confesarlo, pero el cuento me conmovió, me tocó la fibra. Y pensé en *Prince* y *Snow White*, y fantaseé pensando que, si los protegía, ellos lo comprenderían como *Corista* había comprendido a Steve, y sabrían que aquella pandilla de salvajes no eran la representación del género humano.

En ese momento, oí voces en el pasillo.

—¡… una y otra vez! ¡Siempre lo mismo! —Era Crane, el gángster, en un tono desquiciado—. ¿Es que no puedes dejar de dar la nota? ¿Es que siempre tienes que correr detrás de unos pantalones?

La única respuesta de su chica fue un hipido.

—¿Sabes de dónde te saqué, furcia de mierda? ¿Sabes que puedo devolverte a la calle con tus marinos y tus borrachos? ¡¿LO SABES?!

Restalló un bofetón, al que siguió un nuevo hipido de Rita.

—Marvin, yo no… —vaciló la voz de la chica—. Yo solo… comparaba a Howling con un mamut… Es tan grande y fuerte… Es el único que se parece a ellos…

—¡¿El único?! —preguntó y protesto el gángster—. ¿Y eso, qué más da? ¡Con un rifle en las manos todos somos iguales! ¡Todos!

—Sí, pero… no me entiendes… El parece el adecuado, él matará al mamut, seguro…

—¡ESO LO VEREMOS! ¡VEN!

«¡Eso lo veremos! ¡Ven!». Aquella frase abrió todos los grifos de adrenalina en mi cuerpo.

Decidí salir a echar un vistazo.

Mi habitación estaba «casualmente» junto a la de «Virgin». Cuando dejaba la mía, se abrió la puerta de la suya. Tal vez sólo lo hizo para que pudiera entreverla sin otra ropa que un torturante camisón de gasa azul, completamente transparente. Tal vez sólo pretendía provocarme para, después, aplastarme las narices con la puerta. No lo sé, pero era ese tipo de mujer.

—El «Caballero» Jack se dispone a rescatar a la doncella en apuros, ¿eh? —soltó, sarcásticamente.

Pasé de largo sin contestar, suspirando y alzando los ojos al cielo. Pero no encontré una visión más celestial que la de la mujer. Lo siento, san Pedro. Tú pierdes.

Me estaba colocando una de las gruesas parkas, cuando escuché un grito de alarma en el exterior…

… y comprendí lo que estaba ocurriendo: Marvin Crane quería demostrarle a su amante que él, y sólo él, derribaría la pieza a cazar. Era inútil contar con los demás, dormían la borrachera tirados por la sala.

Salí fuera de un salto, corrí por la nieve hacia el hangar y, al doblar la esquina del pabellón central, vi la escena casi exactamente como la había imaginado.

La puerta del gigantesco edificio estaba abierta de par en par, y Crane había activado el mecanismo que retiraba los barrotes. Uno de los mamuts, me pareció que era *Prince*, se aventuraba con paso cauteloso al exterior, con la precaución de quien se aventura en un mundo completamente desconocido.

Ante él, a unos cien metros, el gángster acababa de echarse su rifle al hombro, dispuesto a vomitar balas con una potencia de choque superior a los 1000 kilos, manteniendo las piernas separadas para buscar un apoyo suficiente. Rita *Short* se tambaleaba junto a él, con el aire de quien asiste a una visión de «*delirium*

tremens».

—¡¡Nooooooooool!! —grité, echando a correr.

Mi aullido sonó una fracción de segundo antes de que Crane apretase el gatillo. No pudo frenar su dedo, pero se movió por reflejo y erró el disparo. La bala se desvió de la trayectoria que debía romper esa línea imaginaria entre oreja y oreja, rozando el cráneo de la bestia.

El mamut se alzó sobre las patas traseras y bramó furiosamente, dolorido. Cuando sus manos cayeron al suelo, la tierra se estremeció…

… e inició la embestida.

Yo me asusté, Rita se asustó, Crane se asustó. Todos nos asustamos. Estábamos en la ruta de aquella gigantesca masa, enloquecida por el dolor y el pánico.

La chica quiso huir en dirección contraria, pero el pánico, la borrachera, o las dos cosas juntas, hicieron que sus piernas fallasen. Cayó al suelo.

Prince estaba a treinta metros escasos. Tras él, *Snow White* inició la galopada en pos de su pareja.

El gángster miró a Rita, miró al mamut, miró a Rita… No sabía qué hacer: ayudar a la chica o disparar contra el animal. Si fallaba, y no era difícil fallar un tiro cuando una infinidad de toneladas galopan descontroladas hacia ti, no sólo ella, sino también él, estarían perdidos.

—¡Dispare al aire! —aullé—. ¡Asústeles! ¡Dispare!

Pero Crane no disparó. Tuvo miedo, terror, pánico. Y se echó al suelo, rodó sobre sí mismo, apartándose del camino de los mamuts.

La suerte estaba echada. La de todos.

Rita consiguió ponerse en pie a duras penas, pero era incapaz de dar un solo paso. Se tiró a un lado y esquivó por milímetros la pata de *Prince*…

… pero no tuvo tanta suerte con *Snow White*. Quedó frente a ella.

Y *Snow White* la ensartó con uno de sus gigantescos colmillos, y la levantó por los aires salpicando sangre a derecha e izquierda, y movió furiosamente la cabeza hasta conseguir deshacerse de aquella molestia que gritaba, y gritaba, y gritaba…

El cuerpo de Rita salió despedido a treinta metros de distancia.

Estaba muerta antes de aplastarse contra el suelo.

Sólo entonces reaccionó Marvin Crane. Su rostro se convirtió en una máscara terrible, en un campo de batalla donde luchaban emociones contrapuestas: el dolor y la rabia, el amor y el odio…

Gritando como un poseso, lanzando a los cuatro vientos su frustración, corrió enloquecido hacia las dos bestias. Ya sin aire en sus pulmones, vació el cargador, a bocajarro, en los mamuts.

Snow White recibió un impacto en el lomo. *Prince* no tuvo tanta suerte. Su cabeza pareció estallar por tres puntos diferentes. El animal bramó de nuevo horrísonamente, se levantó sobre sus patas traseras y reanudó la carrera hacia el campamento, zigzagueando como un borracho.

Las luces de los barracones se habían encendido y los hombres debían estar vistiéndose apresuradamente para salir a ver qué diablos estaba ocurriendo.

No les dio tiempo.

—¡No, no, no!… ¡Mierda, no! —grité al darme cuenta de lo que iba a ocurrir.

El mamut herido chocó de bruces contra uno de los barracones, convirtiéndolo en una explosión de astillas y cuerpos humanos, levantándolos literalmente por los aires, hundiéndolos materialmente bajo sus pezuñas.

La bestia bramó de nuevo, embistió a ciegas contra otro barracón, salió rebotada y se estrelló contra los depósitos de combustible, reventándolos como si fueran de papel, esparciendo su contenido en todas direcciones.

Crujieron los huesos del animal, crujió la estructura metálica de los depósitos y crujió la leña de las chimeneas de los barracones. Se produjo la inevitable explosión, cuya onda expansiva me lanzó hacia atrás como el puñetazo de un gigante.

Cuando pude mirar de nuevo, vi elevarse en el aire una gigantesca lengua de fuego, envolviendo en su abrazo los dos barracones que habían quedado en pie.

Se oyeron gritos de terror y el bramido estremecedor del mamut, agonizando entre las llamas.

Me incorporé con dificultad, trastabillando, oliendo a chamuscado. A mis espaldas, oí tres estampidos secos. Me volví y descubrí a un Marvin Crane, pálido como un cadáver, disparando

hacia la oscuridad del bosque limítrofe. Vació el cargador, pero siguió apretando el gatillo, compulsivamente, aun después que los sucesivos «clicks» revelasen que la cámara estaba vacía.

—¡Te mataré, hija de puta! ¡Juro que te mataré! —Había estado tirando contra *Snow White*, que se había abierto camino en el bosque arrasando cuanto se le ponía por delante. Se volvió para fulminarme con la mirada—: Y tú… tú… ¡tú tienes la culpa de todo! ¡Tú eres el responsable! ¡Tú eres el culpable! ¡Tú…!

Y, tras cada afirmación, volvía a pulsar el gatillo, como si a través del vacío fusil pudiera descargar toda la agonía que llevaba en su interior.

—¡Pagarás por esto, maldita sea! ¡Pagarás! —prosiguió.

Sonaron nuevos gritos en la confusión. Butcher, Lee, Botts, y los demás millonarios, los únicos que parecían haberse salvado de la catástrofe al estar en el pabellón principal, galopaban hacia nosotros.

—¿Qué diablos ha ocurrido aquí? —preguntó Crawford, jadeante, el primero en llegar hasta nosotros.

—¡Él la matado! —aulló el gángster, fuera de todo control, rebuscando cartuchos en su ropas—. ¡Abrió el hangar y los mamuts han matado a Rita! ¡La… la…! ¡La han matado!

Al parecer, de todo aquel desastre, de todas las muertes ocurridas entre hombres y animal, la única que le importaba era la de su amante.

—No es cierto —repliqué yo, tratando de conservar la sangre fría—. Él ha abierto los hangares. Quería demostrar a la chica que *él* podía derribar una bestia semejante, que *él* era capaz de cobrar su pieza. *Él* ha tenido miedo y *él* se ha apartado cagándose de miedo, en lugar de detenerles.

—¡Vete, cerdo! —Escupió Crane, señalando hacia el bosque—. ¡Largo de aquí! ¡No mereces una muerte fácil y rápida! ¡Morirás de hambre y de frío en el bosque y, si aun así consigues sobrevivir, yo mismo te cazaré! ¡Os cazaré! ¡A ti y a esa bestia asesina!

Miré a mí alrededor en busca de ayuda.

Todos los rostros eran hostiles.

«Macho» Gómez sonreía satisfecho y feliz, parecía que le habían quitado las palabras de la boca; Gary H. Lee se había dado cuenta que el gángster era el único en tener un arma en las manos, un

argumento decisivo para él; Crawford se regodeaba al ver la oportunidad de unir una cacería humana a la animal, era su especialidad; Botts, en cambio, boqueaba aterrado, murmurando algo acerca de subirse a los helicópteros y regresar a la civilización.

El cantante de *rock*, Howling Butcher, fue el único que intentó hacer algo por mí. Abriendo los brazos en un gesto de apaciguamiento y borrachera, se dirigió hacia Crane.

—Vamos, tío… No hay que ponerse así por una simple fulana de tres al cuarto… ¡hay miles como ésa! Si vienes a uno de mis conciertos, podrás elegir entre cualquier guarra que…

No pudo terminar la frase.

Marvin Crane giró el fusil hacia él…

… y disparó.

Una sola vez.

El enorme cuerpo del cantante salió despedido hacia arriba y atrás, en un corto y desmadejado vuelo.

Cuando cayó al suelo, la parte superior de su cuerpo había desaparecido, se había dispersado en ínfimas partículas, se había fundido en la nada, desintegrada por el impacto de la bala explosiva.

Hubo un instante de silencio, de sorprendido y temeroso silencio…

… en medio del cual, el sonido de una hélice se sobrepuso al fragor del incendio y a los últimos estertores de *Prince*, el mamut abrasado. Uno de los helicópteros se elevaba con una mujer en los mandos.

En vista de los acontecimientos, «Virgin» Jane Scapin había optado por huir. Supuse que los millonarios ya debían haber pagado su cuota.

Todo el grupo se quedó helado al ver cómo partía el aparato. Todo el grupo… excepto Crane, que rebuscaba más cartuchos para su fusil.

¿Quería disparar contra el helicóptero, o contra mí?

No lo sabía y no me quedé para averiguarlo. Corrí, huí hacia la oscuridad del bosque, hacia el frío y la nada, hacia la noche y lo desconocido… hacia una muerte lenta y helada.

CAPÍTULO V

Avanzar en la nieve se convirtió en una lenta agonía.

Al cabo de un rato empecé a notar, en manos y pies, la insensibilidad que precede a la congelación, que precede a la gangrena, que precede a la muerte.

El agotamiento y la desesperación me abrieron sus brazos alegremente, y pensé que hubiera sido más breve y compasivo estallar bajo el impacto de una bala explosiva. Estaba empezando a tomar la malsana costumbre de salvar la piel para, poco después, arrepentirme y desear haber muerto.

No sabía en qué punto del Canadá me encontraba, ni dónde estaba la civilización. Vagué a la deriva, completamente desorientado, subí colinas, bajé valles, recorrí vaguadas, en busca de un refugio natural que no aparecía por ninguna parte.

Pronto, no haría falta que salieran a cazarme como a *Snow White*: me encontrarían acurrucado junto a un árbol, con los ojos abiertos bajo un bloque de hielo.

Algo así como una hora después, descubrí que había estado dando vueltas en círculo. Eso me puso furioso. Por si no había malgastado suficientes energías, empleé parte de las que me quedaban en maldecirme salvajemente y abofetearme con saña. No arregló mi situación, pero ayudó a calentarme.

Al fin, decidí seguir la trocha dejada por el paso del mamut hembra. Debía de estar tan perdida como yo, pero esperé que sus instintos naturales le guiasen mejor que a mí.

Snow White había derribado árboles, quebrado ramas y dejado unas huellas que se hundían medio metro en la nieve. También había sembrado su camino de sangre. Debía ir un poco a ciegas, porque, un kilómetro más adelante, se había cargado un enorme

abeto de unos treinta metros de altura…

… y, bajo el quebrado tronco, *algo* gemía.

Era un oso, un grizzly. Me imaginé lo ocurrido: aquel animal, rey de estos parajes, quedándose atónito ante el paso de una bestia que le centuplicaba en tamaño, demasiado atónito para reaccionar cuando el abeto empezó a caer. Debía haberle reventado interiormente, porque parecía estar ahogándose en su propia sangre.

—¿Por qué no? —me dije, aceptando la idea que se me acababa de ocurrir.

Agarré un pedrusco con ambas manos, cerré los ojos, y alce los brazos por encima de la cabeza.

—Lo siento —murmuré enfebrecido—. Matar o morir, ésa es la ley. Y tú lo sabes… ¡lo sabes! —Acabé gritando para no oír el crujido del cráneo del animal, mientras lo machacaba una, y otra, y otra vez…

Con un último estertor, el oso murió.

Palpé en mis bolsillos hasta encontrar un cortaplumas. Un ridículo cortaplumas, como si fuera un boy-*scout* cualquiera: eso era lo único que tenía. Lo clavé en el pecho del grizzly, me apalanqué sobre él y empecé a hurgar.

No sé cuánto tiempo me llevó abrir al oso en canal, pero debió ser una eternidad y media. Al terminar, sudaba por todos los poros de mi cuerpo. Después, empecé a sacarle las vísceras como un cirujano demente, ansioso de sangre, y alfombré la nieve con el corazón, los intestinos, el estómago, todo lo que había en su interior.

Tras mi repugnante tarea, quedó un enorme vacío en el interior del grizzly, un cálido vacío donde me metí. Me había procurado un abrigo de legítima piel de oso.

Empezaba a clarear, cuando me despertó un rumor de pasos. Abrí los ojos alarmado, pensando que Marvin Crane se presentaba para rematar su tarea. Pero, en vez del rostro del gángster, vi el de un enorme indio que, inclinado sobre el oso, me observaba fijamente.

Ambos debíamos tener la misma ridícula expresión alucinada.

—¿Gronk? —dijo boquiabierto, con un tono de pasmo y desconcierto, que en cualquier otra circunstancia me habría

parecido hilarante.

Yo, sonreí. Y, mucho me temo, que de forma especialmente… imbécil.

—Tenía frío —expliqué, calibrando la posible amenaza del indio.

—¿Frío? —repitió aquel tipo, en el tono exploratorio de un niño aprendiendo sus primeras palabras—. Frío… ¡Sí, frío! —Y se echó a reír.

Evidentemente, le había hecho mucha gracia encontrarme en el interior del animal. Aproveché su acceso de risa para salir de mi refugio. El indio, sin dejar de atronar el aire con sus estentóreas carcajadas, me lanzó de bruces al suelo con lo que se suponía una amistosa palmada en la espalda.

Me enfadé.

—Oye, tú… —exclamé, mientras me incorporaba—. Conque gronk, ¿eh? Pues, muy bien… ¡gronk, gronk y gronk!

Eso le preocupó. Se le cortó la risa en seco, irguió la espalda y se me quedó mirando, cómicamente serio y contrito, como preguntándose qué era lo que había hecho mal.

La estampa que ofrecía a la incierta luz del amanecer, no podía ser más pintoresca. Alto y fornido, una mezcla de jugador de baloncesto y boxeador de los pesos ultrapesados, ataviado con un equipo de trampero desastrado que debía datar de los tiempos de David Crocket y acarreando un viejo «Winchester» hecho polvo, frágilmente apuntalado aquí y allá, con cordeles grasientos. Llevaba el pelo hasta los hombros. Los rasgos de su rostro eran claramente indios, pero el abundante vello que afloraba por la parte superior de su camisa, indicaban algún antepasado blanco. En todo caso, el color de la piel era indistinguible, porque la llevaba cubierta con una sólida capa de suciedad casi petrificada.

—Escucha, Gronk, o comoquiera que te llames —le dije, conciliador—. Necesito ayuda, a-yu-da. ¿Puedes entenderme? ¿Hablas mi idioma?

—Idioma, sí, sí, idioma —contestó muy satisfecho.

No había entendido una sola palabra, pero, según parecía, yo le había caído bien. Me lo demostró sacando una botella de *whisky*, llena con algo mil veces más ardiente que su primitivo y original contenido.

Sentí que una catarata de plomo fundido se deslizaba por mi garganta y me atraganté, tosí, aullé y expulsé todo lo que pude de aquel mejunje explosivo. Después de hacer temblar los árboles con sus carcajadas, el indio me ayudó, dándome unos amables golpecitos en la espalda. Gracias a él, no sólo me libre del líquido, sino de mis pulmones, corazón y estómago. Permanecí unos segundos parpadeando, atónito, hasta descubrir que todo aquel montón de vísceras frente a mí, no eran mías, sino del grizzly. Respiré aliviado, no me hubiera extrañado que…

Sin más miramientos, ni explicaciones, aquel salvaje me cogió por el brazo y me arrastró hasta un trineo de perros que se encontraba en un claro cercano.

—¡Gronk! —me explicó, señalándolo, como indicando que allí se encontraba el remedio a todos mis males.

Un viaje de veinte minutos nos llevó hasta su refugio: una cabaña de piedras ennegrecidas, cuyo anexo, un destartalado cobertizo de madera, servía para resguardar a los perros.

La cabaña se hallaba en lo alto de un pequeño promontorio, apoyada contra una pared de roca que se elevaba varias decenas de metros. Había limpiado el terreno de abetos en un radio considerable. Su interior, estaba compuesto por una sola habitación donde había un par de jergones, una mesa y una gran chimenea, todo cubierto por varias toneladas de polvo, porquería e inmundicias. Del techo, colgaban pieles recién desolladas y pedazos de carne que todavía goteaban oscuros coágulos de sangre. Tuve que taparme la nariz. Aquello olía a caldo de rata fermentado.

Me saqué las botas para que se secasen y descubrí el papel donde había intentado copiar de memoria el manuscrito del tesoro, y que estaba medio descompuesto por la nieve y la sangre del grizzly. Con un punzón, intenté grabar el críptico mensaje en una piel curtida, aunque dudaba mucho que algún día pudiera ir en busca de mis diez millones de dólares en doblones de oro.

Gronk gruñó a mis espaldas. Me mostró una foto arrancada del *Play Boy*, un papel sobado en el que se veía una chica en pelotas de rasgos indios y me sonrió, complicemente. Cuando, más tarde, guardé la piel en mis botas ya secas, él hizo lo propio con su póster raído.

Armándome de paciencia, me planté frente al indio e intenté

hacerme comprender.

—Gronk, necesito ayuda. Esto… verás, hombres malos —me levanté y exhibí una mueca de facineroso que le hizo dar un asombrado respingo—. Quieren matar bestia grande, muy grande, así… —Y extendí los brazos, dibujando en el aire una aproximación a la mole del mamut, antes de imitar la pose de un cazador en el instante de ir a disparar—. Nosotros defendemos, tú y yo, ¿entendido?

Siguió un momento de suspense durante el cual el indio se llevó una mano a la barbilla, en la actitud de alguien que medita un arduo problema, o no sabe qué hacer con el loco peligroso escapado del frenopático de al lado. Ganó lo segundo y se llevó el dedo índice a la sien, sin dejar de reírse:

—Tú, yo, tú, yo, ¡ja, ja, ja!

—Está bien, ¡mierda! —Me impacienté. Si no conseguía que me comprendiese mediante palabras, ya se iría haciendo a la idea de lo que ocurría a medida que se desarrollasen los acontecimientos.

Lo llevé hasta el trineo, conseguí que me dejase conducir a los perros, los *huskies*, y nos dirigimos hacia el lugar donde había pasado la noche. No fue difícil encontrar el rastro del mamut.

Gronk miraba con aprensión las gigantescas huellas y la trocha abierta por la gigantesca hembra.

—¡Grooonk! —Gruñó aprensivo, cuando vio que fustigaba a los perros en esa dirección.

—No pasa nada —repliqué, intentando aparentar tranquilidad —. Tranquilo, no pasa nada.

—Sí, sí nada, sí nada —protestó.

—Ya verás cómo no. Calma. Gronk, ¿vale? ¡Gronk! —Y di por finalizada la conversación.

Tres horas después, vislumbramos la inmensa mole de *Snow White*, aquella masa desproporcionada, incluso entre bosques de abetos gigantes. Avanzaba cansinamente por la tundra y las heridas de su lomo ya no sangraban. Buena señal.

Mi amigo subrayó la visión del mamut con un amplio repertorio de gruñidos, que abarcaban todos los registros entre la sorpresa y la menos disimulada de las prevenciones.

Quise contestarle, pero un zumbido lejano rompió el silencio de los bosques. Cogí el «Winchester» de Gronk.

El zumbido aumentó de intensidad y, de repente, abajo en el llano, aparecieron tres motos de nieve, tres *skidoos*, surgiendo de entre los árboles. Las pilotaban Botts, Gómez y Crane, Se detuvieron en la linde del bosque y empuñaron sus pesados rifles.

Ante *Snow White*, se abría una amplia extensión de tundra. Cercado por las potentes armas de los tres cazadores, el animal no tenía la más mínima posibilidad de sobrevivir…

… a menos que yo hiciera algo al respecto.

Y yo sólo contaba con un indio loco y un «Winchester» de la Guerra de Secesión.

CAPÍTULO VI

Contaba con algo más: la sorpresa.

Los cazadores no habían advertido nuestra presencia y, desde mi posición, los tenía a tiro. No me apetecía la idea de volarles la cabeza por la espalda, pero unas cuantas balas bien dirigidas les darían suficientes quebraderos de cabeza como para olvidarse de *Snow White*.

Me arrodillé en tierra y apunté cuidadosamente a la pierna de Crane. Estaba quieto, preparando su rifle, tranquilo, parsimonioso. Se notaba que quería tomarse su tiempo, que disfrutaba con la sensación anticipada de ver caer el mamut.

Aguanté la respiración, apreté el gatillo…

… y la bala se incrustó en la nieve, a varios metros del gángster.

Me dio la impresión que el vetusto «Winchester» me estallaba en las manos. La bala había salido disparada con la deriva de una escopeta de feria. Corregí la puntería, volví a disparar…

… y volví a fallar. Incluso por más distancia que la primera vez. ¡Mierda!

Los tres hombres se habían quedado un segundo inmóviles, sorprendidos. Pero al segundo disparo, no se lo pensaron dos veces. Giraron hacia nosotros sus potentes rifles y empezaron a practicar el tiro al blanco… y al piel roja.

Las primeras balas provocaron sendas explosiones a derecha e izquierda del trineo. Gronk rugió enfurecido y me arrancó el «Winchester» de las manos, echándoselo al hombro. Ni siquiera tomó puntería. Una bala explosiva quebró una rama del tamaño de mi muslo a pocos centímetros de su cabeza y me miró desconcertado, con los ojos como platos.

Un instante después estábamos sobre el trineo, intentando una

«retirada estratégica». Gronk hizo restallar las riendas, mientras yo trataba de hacer puntería a pesar del equilibrio inestable del vehículo…

¡Booummmm!, una nueva llamarada del rifle de «Macho» Gómez y uno de nuestros perros desapareció, literalmente, convirtiéndose en un volcán que desparramó huesos, piel y sangre.

Los otros perros frenaron, chocaron entre sí e hicieron ladear el trineo… y me vi lanzado contra el suelo. Rodé por la nieve ladera abajo, intentando que no se me escapase el «Winchester», preguntándome qué habría sido de Gronk.

Las balas explosivas de los cazadores seguían silbando y destrozándolo todo a mí alrededor. Oí un aullido perruno y un grito rabioso del indio…

… antes de que yo soltase otro, al chocar contra un abeto. El golpe me dejó aturdido unos segundos.

—¡Le he dado! ¡Creo que le he dado! —aulló triunfalmente «Macho» Gómez.

—Bueno, bueno, pero ¿y el indio? ¿Dónde se ha metido el indio? —Era Botts, con la voz estremecida por el miedo.

Me arrastré hasta un repechón y atisbé el llano, aún unos cien metros por debajo de mi posición.

Botts estaba parapetado tras su *skidoo* y sólo asomaba la punta de su rifle por entre las cadenas. Gómez y Crane intentaban descubrirme entre las rocas y los árboles.

Y me descubrieron.

La nueva andanada constó de dieciséis disparos, al cabo de los cuales, el peñasco tras el que me escudaba, había quedado reducido a la mitad. Me arriesgué y repliqué con el «Winchester», ya sin apuntar siquiera —¿para qué?—. Les vi batirse en retirada hasta sus *skidoos* y desaparecieron de mi campo visual entre el tronar de motores.

Fruncí el ceño, atónito. En cuestión de segundos, me había quedado solo. Completamente solo. Los enemigos habían desaparecido, *Snow White* se había internado de nuevo en el bosque tras atravesar la tundra y Gronk parecía haber sido tragado por la tierra.

Intenté trepar por la pendiente, pero, de repente, un *skidoo*, uno solo donde iban montados Gómez y Crane, surgió casi volando de

entre los árboles, vomitando ruido, nieve y balas.

Mientras daba una voltereta por el aire, intentando llegar hasta el refugio más próximo, disparé a mi vez.

No había apuntado, claro, y por lo tanto —me atrevo a decir—, acerté. Le di a Gómez en plena cabeza.

El *skidoo* derrapó, Crane salió despedido, y el vehículo prosiguió su alocada carrera, arrastrando el cadáver del otro, hasta hacerse trizas contra un árbol. Oí disparos y gritos en el bosque, tras de mí. Botts debía estar viéndoselas con Gronk. Pero, ése, no era ahora mi problema…

… mi problema era Crane.

Se había incorporado y avanzaba hacia mí, manipulando su rifle con una expresión de odio infinito. Los dos estábamos armados, pero comparar nuestras armas, era como comparar un tirachinas con un cañón láser.

Crane disparó una y otra vez, sin apuntar siquiera, con la convicción de que tarde o temprano acabaría acertando. Yo salté a derecha e izquierda, hice cabriolas en el aire, me agaché, con la estrategia del púgil inferior en potencia, del púgil que basa su actuación en la esquiva, a la espera de que se agote su adversario.

Difícilmente podía haberse agotado Crane, pero se agotaron sus cartuchos.

El «¡click!» de la recámara vacía me anunció que era mi turno. Moví el «Winchester» y apunté con cuidado, intentando aparecer confiado. Esperaba que, a aquella corta distancia, la bala no se desviase tanto.

De repente, Crane soltó su rifle, en un ademán retador.

—¡Hombre a hombre! —gritó.

—¿Ahora? —pregunté, divertido—. Es una lástima que no se te haya ocurrido, mientras aún tenías balas…

—¡Cobarde! —Escupió.

—Le has hecho demasiado caso a «Virgin», Crane. No soy tan imbécil como ella y tú creéis.

Pero la idea me sedujo.

Por una parte, no me fiaba un pimiento de aquella antigualla que tenía en las manos; por otra, machacar el rostro de aquel bastardo, destrozarlo, pulverizarlo con mis propias manos, poco a poco, lenta, calculadamente… ¡mierda, era demasiado tentador!

Solté el «Winchester», me quité la parka, me arremangué y avancé hacia él.

Yo había dado cinco o seis pasos hacia él, cinco o seis pasos alejándome de mi arma, cuando Crane se movió como una exhalación. Recogió su rifle agarrándolo por el cañón y lo proyectó hacia mi rostro.

Me aparté como pude, sintiendo el viento de la culata a milímetros de mi nariz, ¡fiuuuu!, y trastabillé como un pato mareado, antes de caer de culo al suelo. Le vi venir con los brazos en alto preparando el golpe definitivo, me revolví, agarré un puñado de nieve y se lo tiré a la cara. Eso le cegó. La culata de su rifle se hundió en la nieve, ¡chomp!, justo entre mi brazo derecho y mi tronco.

Le agarré por las piernas y le hice caer, saltando sobre él para placarle con las rodillas. Ya más tranquilo, le aplasté tres veces la nariz con el puño para tranquilizarle. Boqueó espasmódicamente para conseguir el aire que sus pulmones necesitaban y que su nariz, inundada de sangre, no podía proporcionarle. Estaba listo, acabado, el resto sería coser y cantar…

… y me relajé. Y Crane aprovechó mi estupidez para clavarme en la cara una mano crispada, intentando arrancarme los ojos. Me eché hacia atrás por instinto y el gángster dio otra muestra de su «fair-*play*», clavándome la rodilla en la entrepierna.

Gemí rabioso, lo vi todo rojo y me perdí la bota que me golpeó en el pecho, lanzándome hacia atrás.

Aproveché el impulso para rodar sobre mí mismo y apoderarme del «Winchester». Crane, que ya había iniciado carrera para rematarme, frenó en seco, dio media vuelta y corrió como alma que lleva el diablo.

Disparé una, y otra, y otra vez, pero sólo conseguí podar medio bosque, sin que ninguna bala se acercase a menos de medio metro del gángster. Segundos después, el motor de su *skidoo* me indicó que regresaba a sus cuarteles. De invierno, por supuesto.

Me interné en el bosque, buscando a Gronk. No fue difícil encontrarle. Los chillidos de pánico de Botts me guiaron a la perfección. Por un instante, temí que el indio le estuviera arrancando la piel a tiras.

El hombrecillo estaba colgado de la rama de un árbol por el

cuello de su parka. Pataleaba y agitaba los brazos desesperado. Y Gronk, orgulloso y vigilante, a sus pies, me lo señaló con ademán satisfecho.

—Muy bien, Gronk, muy bien. Perfecto. —Saltaba a la vista que esperaba una felicitación.

—Perfecto, sí. Perfecto —respondió sin falsa modestia, antes de lanzar una carcajada, que vació de pájaros los abetos de varias millas a la redonda.

—James, oiga James, bájeme de aquí, por favor… —suplicó Botts desde las alturas—. Usted y yo somos hombres civilizados, no deje que ese salvaje me ponga las manos encima otra vez, no deje que…

Que me equiparase con él, no me gustó nada. Con un gesto, indiqué a Gronk que le bajase. El indio sacudió enérgicamente el árbol y aquella bola de grasa rodó por los suelos. Unos segundos. Gronk, para asegurarse de que no intentara nada, se sentó cómodamente en su estómago.

—¡No me mate, buf, por favor!… ¡Todo es culpa de, arf, ese psicópata de Crane!… ¡Nos ha obligado a, fuuu, participar en la cacería!

—¿Obligado? ¡Ja!

—¡Es cierto, se lo juro!… ¡Destrozó los equipos de, oof, comunicaciones y desmontó, urf, no sé qué pieza del único helicóptero que nos queda! —explicó con esfuerzo—. ¡Dijo que, hasta que no les, ffff, hubiésemos cazado a usted y al mamut, no nos la devolvería!… Está, buf, loco… ¡Y todo por una furcia de mala muerte!

Tenía sentido. Me costaba creer que el mamarracho de Botts se atreviera a seguir con la caza por propia voluntad.

—¿Cuántos hombres quedan en el campamento?

—¡Lee, y Crawford, y Crane, arf, supongo, y «Macho» Gómez, y tres hombres que, puf, sobrevivieron al fuego!

Resté a Gómez, sumé al propio Botts y obtuve un total de siete. Siete hombres armados hasta los dientes. Y, para seis de ellos, la única posibilidad de supervivencia era entregarle mi cadáver y el de *Snow White* a Marvin Crane. La autonomía de los *skidoos* era demasiado limitada para regresar con ellos a la civilización.

—¡Está loco, oof, completamente loco! —insistía el rey de las

hamburguesas—. ¡No me hagan nada, por favor, fuuu, yo no quería…!

—¡Está bien, está bien, pero cállese de una vez! —grité exasperado. Hasta me hubiera comido uno de sus repugnantes productos, con tal de no seguir escuchándole. Y le hice señas a Gronk para que se levantase.

Aún estaba el indio poniéndose en pie, cuando Botts empezó a correr hacia su *skidoo*. Consiguió ponerlo en marcha antes de que Gronk le alcanzase y salió disparado, aullando de pánico, ciego de terror.

Gronk corrió un rato tras la moto, pero tuvo que rendirse ante la evidencia. Regresó avergonzado, mirando al suelo, tratando de disculparse con una retahíla de gruñidos apagados.

Iba a animarle con unas palmaditas en el hombro, cuando el grito de Botts subió tres octavas de golpe. Luego, desde mucho más lejos, sordamente, llegó hasta nosotros el rumor de una explosión.

Seguimos la pista del aparato. A unos seiscientos metros, de improviso, el terreno quedaba cortado por una quebrada. En el fondo, el amasijo informe que había sido Jimmy Botts, se parecía mucho a las hamburguesas, gracias a las cuales se había dado la gran vida. En todo caso, con un porcentaje de carne muy superior.

—¡Gronk! —sentenció el indio. En su actitud y en su tono, se desprendía un inconfundible: «Lo tenía previsto. Le he dejado escapar, porque sabía que se estrellaría».

Volvimos al escenario de la batalla para recoger las armas de nuestros enemigos. Ahora, teníamos tres potentes rifles, ¡bien!, pero sólo cuatro cartuchos, ¡mierda!

Estaba hecho polvo, así que preferí volver a la cabaña de Gronk a reponer fuerzas. Tuvimos que regresar a pie, ya que sólo quedaban dos perros ilesos, y anochecía cuando llegamos.

Hicimos fuego, nos calentamos, comimos un par de los sospechosos bistecs del indio y ya estaba pensando en echarme una cabezadita……cuando estalló el infierno.

Capítulo VII

Quien disparó primero, fue Gronk.

Y lo hizo contra mí.

Él había estado intentando recomponer la pieza de museo que era su «Winchester», a la luz de la chimenea. Provisto de una lata de aceite pringoso, esparadrapos grasientos y varios cordeles ennegrecidos, hurgaba en el cañón, en la culata, en el seguro, en el percutor, gruñendo cada vez que descubría un nuevo defecto, ¡Grrr!, y jaleándose con un ¡hum! Satisfecho cuando consideraba que el desperfecto había sucumbido a sus mañas.

Yo estaba hundido en un jergón, intentando conciliar el sueño. Y sus gruñidos me lo impedían.

Y la reparación se eternizaba. Y sus jaleos me molestaban. Y tras una avería, aparecía otra…

… y perdí la paciencia.

—¡Basta yaaaa! —grité, exasperado.

Debió creerme dormido y mi aullido le sobresaltó. Giró sobre mí e incrustó una bala a diez centímetros por encima de mi cabeza, mientras yo me quedaba congelado de estupefacción.

Reinó el silencio durante una centésima de segundo…

… e, inmediatamente, como un eco del tiro accidental, una andanada histérica resonó en el bosque.

¡Bom! ¡Bom! ¡Bom!, el impacto de las balas explosivas contra las paredes de piedra.

¡Trannnck!, el acierto de una que abrió un boquete del tamaño de un puño en el postigo de la ventana.

—¿Groonk? —El indio incorporándose de un salto y abriendo unos ojos como pelotas de baloncesto.

—¡Mierda, nos atacan! —rugí yo, abalanzándome sobre un rifle.

La casualidad nos había salvado la vida. O, por lo menos, nos la había prolongado unos minutos. Al oír el disparo de Gronk, los cazadores de la partida se creyeron descubiertos y respondieron al fuego por puro reflejo.

—¡Cubre la parte delantera! ¡La delantera! —grité a Gronk, señalándole la puerta.

Yo me fui hacia la ventana, metí el cañón por el boquete y disparé al azar, sólo por meter miedo a los de fuera y mantenerles a raya. Lina nueva salva replicó a mi disparo y los postigos saltaron por los aires, astillados, enloquecidos, obligándome a apartarme precipitadamente para no ser convertido en un colador.

Aquello parecía la escena cumbre de una mala película del Oeste: los malos asediando a los buenos, a tiro limpio, con unos medios infinitamente superiores. Lástima que el 7.º de Caballería no tuviera prevista su presentación para rescatarnos.

Rumor de pasos precipitados sobre la nieve, carreras en el exterior, sombras entrevistas en la oscuridad, fogonazos, explosiones, órdenes, contraórdenes y el aullido desgarrado de alguien a quien le reventé el tórax con mi antepenúltima bala explosiva.

—¡Se han cargado a Strasser! —gritó Crane. Y supuse que ese Strasser sería uno le los supervivientes de los barracones.

Quedaban cinco: Lee, Crawford, Crane y dos más. Seguían siendo demasiados.

—Esto no puede ponerse peor —comenté, fúnebre.

—Peor, sí, sí, peor —repitió Gronk.

Y, como queriendo darle la razón, resonó un leve ¡toc! Sobre nuestras cabezas, como una piedra rebotando en el techo de la cabaña. Y, al roe. Le siguió un ¡Braouumm!, y después del braoim, cayó una lluvia de cascotes al tiempo que se partía la viga principal.

Se acabó la película del Oeste. Ahora, se habían empeñado en protagonizar una bélica: nos estaban atacando con granadas.

En un instante, la cabaña se llenó de humo y polvo. Dos granadas más, fallaron por poco su objetivo, pero, una tercera, estalló frente a la ventana. Una lluvia de metralla se coló por el hueco, agujereando lo poco que quedaba del techo.

Estábamos atrapados en una ratonera.

—¡Grooonk! —aulló mi compañero, mientras disparaba a ciegas

hacia el exterior. Le entendí perfectamente: «Teníamos que salir de allí…».

… y nos acribillarían a placer.

Miré desesperado a mí alrededor. Quizá si…

Cogí la lata de aceite de Gronk, la vacié sobre uno de los jergones e hice lo propio con otra de gasolina. Enrollé el jergón y lo lancé al exterior. El indio me miraba con cara de desconcierto total.

Retrocedí a la chimenea, agarré uno de los troncos ardiendo y lo tiré sobre el jergón.

Prendió al instante. Una columna de humo, negro y maloliente, se elevó como un telón ante la parte delantera de la casa.

A Gronk se le iluminó la mirada. Por fin comprendía mi idea…, pero, al revés. Agarró su «Winchester» con determinación y se abalanzó hacia la puerta.

—¡Noooo, por ahí no! —Y me tiré en plancha contra él, agarrándole por las piernas. Una rociada de balas pasó por encima nuestro casi en el mismo instante.

—¡Por la ventana! —le grité, sujetándole por los hombros—. ¿No lo entiendes? ¡Creerán que intentamos escudarnos en el humo y se concentrarán en la parte delantera!

—Delantera, sí, sí.

Era inútil. Le hice señas de que me siguiera y salté por la ventana. Caí sobre la nieve y me incorporé gateando, antes que la mole de Gronk me hundiera medio metro en el manto blanco.

Aún estaba escupiendo nieve e intentando averiguar por cuántos sitios me había roto la columna, cuando me di cuenta que el tiroteo había cesado. Se oía un maremágnum de gritos, entre los que entendí un: «¡Por el otro lado, maldita sea!».

Algo, que debió ser Gronk, me alzó sin miramientos del suelo y me lanzó hacia la hojarasca que rodeaba la cabaña. Me encontré entre los árboles, semiasfixiado entre una nube de humo. Y, de esa nube, emergió un rostro terrorífico, un rostro quemado, consumido, desfigurado: el rostro de uno de los hombres del campamento…

… y tenía un rifle en las manos…

… y su cañón estaba a un palmo de mi pecho.

Agarré el cañón con una mano y lo aparté en el mismo instante en que él apretaba el gatillo. El calor me abrasó la mano, pero en la otra conservaba mi propio fusil.

Hundí la punta del cañón en su vientre y disparé. Aquel tipo ya no tendría que preocuparse de su úlcera. Salió despedida, junto a su estómago, a veinte metros de distancia. El fogonazo de la bala explosiva me chamuscó cara y cejas, la sangre salpicó todo mi cuerpo y el retroceso me mandó tres metros atrás.

Hinqué una rodilla en tierra e intenté levantarme sin conseguirlo. Estaba agotado, jadeaba, tosía, me faltaba el aire. Me sentí asqueado de aquella explosión de violencia incontrolable y odié a Marvin Crane con todas mis fuerzas.

Las balas seguían silbando, pero el humo no me permitía ver de dónde procedían. De repente, oí un aullido cercano, muy cercano, justamente detrás de mí. Me volví como una exhalación…

… y allí estaba Lee, el empresario de circo, mirándome fijamente, rugiendo de rabia…

… con una granada en la mano.

Pero no me la lanzó. Se limitó a desplomarse lentamente.

Antes que el estallido de la bomba dejase su cuerpo convertido en la pesadilla de un embalsamador, vi el fugaz reflejo de un cuchillo clavado en su espalda. Gronk me había salvado la vida.

El indio emergió de entre el humo. Conservaba su «Winchester», pero entendí perfectamente que, para casos apurados, confiase más en su habilidad como lanzador de cuchillos.

Nos internamos en el bosque. Gronk realizó una demostración práctica de cómo se pueden hacer tres cosas distintas al mismo tiempo: correr, disparar hacia atrás y expresar mímicamente que se había encargado de dos de nuestros sitiadores.

Quedaban dos. *Sólo* dos. Podíamos conseguirlo.

Y mis esperanzas se reafirmaron cuando tropezamos con seis *skidoos*, los vehículos que habían transportado hasta allí a nuestros compañeros de juerga. Obviamente, las habían dejado algo lejos para acercarse silenciosamente.

—¡Cúbreme! —grité a Gronk—. ¡Mantenles a raya!

—¿A… a raya?

—Sí. Pum, pum. A ellos… ¡dispara! ¡Gronk!

Parecíamos dos retrasados mentales.

Destrocé a culatazos y patadas los motores de cuatro de los *skidoos.*

—¡Vamos, Gronk! ¡Sube en el otro!

Monté en uno de un salto, montó él. Arranqué yo, arrancó él… y, en un abrir y cerrar de ojos, vi cómo se le encabritaba la moto, cómo se le desencajaba el rostro, cómo se agarraba desesperadamente al manillar, cómo daba gas sin querer, y cómo salía disparado, gritando de terror, perdiéndose en la distancia en un incontrolado *slalom* entre los abetos.

Su gruñido fue desapareciendo poco a poco y comprendí que no era de los que confiesan desconocer el manejo de un aparato extraño. El orgullo, ante todo.

Maniobré para seguir sus huellas, olvidando que aún quedaban dos cazadores tras de mí.

Pero ellos no me habían olvidado.

En absoluto.

Me lo demostraron con un par de tiros. Uno de ellos, destrozó la parte delantera de mi moto.

Perdí el equilibrio, caí y sentí un agudo dolor en el tobillo al estrellarme contra el suelo. Pude verles, silueteándose entre los árboles, caminando lentamente con las armas preparadas, con la cautela del cazador que sabe que su presa está herida.

Eran dos, no me había equivocado. Y sólo me quedaba un cartucho.

El tobillo me dolía horrores. No sabía si me lo había roto, o solamente torcido. Fuera como fuese, no podía moverme, no con la suficiente rapidez.

Después de tantos años sorteando toda clase de peligros, la muerte iba a llegarme por una ridícula torcedura de tobillo.

Y me pareció muy gracioso.

Y me eché a reír histéricamente.

Al menos, moriría riendo.

CAPÍTULO VIII

Primero, apareció Crawford.

Tras él, oí una voz inconfundible, la de Marvin Crane:

—¿Le has dado? ¡Maldita sea!, ¿le has dado, Crawford? ¡Te dije que me lo dejaras a mí! ¡Era mío! ¡Mío!

—Tú lo has dicho. Era —respondió el sudafricano.

Me daban por muerto.

El traficante de diamantes estaba a unos cincuenta metros, avanzando por la nieve, recortado sobre la luna llena. Le perdieron sus vicios de cazador, el hábito de jugar siempre con ventaja, ya fuera persiguiendo animales o a negros dominados por el pánico. Y desarmados. Yo no lo estaba. Todavía no. Me quedaba una bala…

… que le partió por la cintura.

—¿Crawford? —gritó Crane, inmediatamente después del disparo. El sudafricano no debía haber estado en su campo visual—. ¡Responde, maldita sea! ¡Crawfooord!

Empecé a arrastrarme hacia unas rocas, utilizando mi rifle inservible para hacer palanca. Cuando llegué hasta ellas, creí que no podría avanzar un metro más. El tobillo palpitaba como algo vivo, lanzando oleadas de dolor por toda mi pierna.

Entonces, Crane apareció.

Y me asusté.

Caminaba tambaleándose, perdiendo sangre por una mejilla destrozada por las esquirlas de metralla, con la mirada fija y opaca, el pelo revuelto, un fusil en cada mano.

Se detuvo junto al cadáver de Crawford y le dio una despectiva patada. Y se fijó en el rastro que yo había dejado. Y sonrió. Y contestó la pregunta que me había estado haciendo hacía rato.

—Me quedan tres balas, James —gritó con una voz ronca, en la

que se mezclaba el odio más frío, la satisfacción por el triunfo inminente y la más destilada de las locuras—. Una para ti, otra para la bestia… y aún me sobra otra más, por si acaso.

Se irguió desafiante, ofreciéndome un blanco excelente, un blanco que no podía aprovechar. Y él se dio cuenta del porqué.

—Estás desarmado, James. Iré detrás de ti y esperaré hasta tener un blanco seguro. Puedo esperar. Tengo tiempo, James, todo el tiempo del mundo. En realidad, la verdadera caza empieza ahora. Los demás no contaban y tú lo sabes, James…

De nuevo a cuatro patas, mordiéndome los labios para aguantar el dolor, intenté alejarme. Oyó el susurro de mi avance entre las rocas.

—Te cogeré, James, eres mío —repitió—. La boca de mi rifle besará tu frente.

¡Mierda! Estaba disfrutando con la situación. Le excitaba la oportunidad de prolongar su venganza: Mi agonía.

Ascendí a trompicones por una ladera. Si giraba la cabeza hacia atrás, podía ver a aquel obseso avanzando con dificultad, tambaleándose, a unos veinte metros. La nuestra parecía una carrera de tullidos.

Pero me ganaba terreno.

Al otro lado de la pequeña colina, encontré una escarpada pendiente, moteada, aquí y allá, por árboles y rocas.

No tenía elección. Me tendí en la nieve y rodé hecho un ovillo. Vi pasar troncos gigantescos por mi lado, me golpeé la espalda con una roca, y aullé de dolor cada vez que mi pie hinchado contactaba accidentalmente con el suelo. Pero llegué al fondo milagrosamente indemne. Bueno, más o menos. No parecía tener nada roto.

Miré hacia arriba. Crane descendía a pie, pausadamente:

—¡Bien, James! —concedió—. ¡Eso ha estado muy bien! ¡Has conseguido otros cuantos minutos más!

Fui perdiendo la ventaja conseguida. Cada paso, cada salto, me parecía el último. No podía seguir.

Soñaba en rendirme, en tenderme en la nieve, cerrar los ojos, descansar, esperar a Crane, aguardar el fin.

—¡Muérete, maldito cerdo! —me sorprendí, murmurando en voz alta—. Estás herido, sangrando, no puedes aguantar eternamente. Derrúmbate de una vez, muérete.

Una milla más y fui yo quien se desplomó. El bosque era espeso y no podía ver a Crane, pero oí sus pasos, su respiración entrecortada y arrítmica.

—¡Está bien, mátame si quieres! —grité, plenamente convencido de lo que decía—. ¡No pienso seguir huyendo, ya no!

Me respondió con una carcajada histérica.

Y entonces, al mirar a mi alrededor, al levantar la vista al cielo para dar una última ojeada al mundo, me di cuenta que reconocía aquel lugar. Sí, había estado allí. Y miré al suelo, y vi una trocha, y un rastro de trineo, el de Gronk.

Estaba muy cerca del lugar donde me había encontrado el indio y eso significaba que la base no debía estar lejos.

Me levanté como si hubiera ingerido un kilo de esas infalibles vitaminas que anuncian en televisión y volví a arrastrarme.

—¿No ibas a esperarme? —Sonó la voz de Crane.

—¡Y una mierda!

—¡Bien, James! ¡Bien!

Llegué hasta el cadáver del oso y pude orientarme mejor. Sólo tenía que seguir el rastro dejado por *Snow White* en su huida de la base. Imprimí más ritmo a mi marcha por imposible que pareciera. Crane también lo hizo:

—¡Sé lo que pretendes, James! ¡Y no lo conseguirás, maldita sea! ¡No lo conseguirás!

Unos metros más, un último esfuerzo…

… y la base se hizo visible entre los árboles: los depósitos de combustible destruidos, los barracones quemados, el gigantesco hangar, los cadáveres de los hombres… y una gran cruz sobre un montículo: supuse que el gángster había enterrado a Rita, su novia, su fulana, su amor, su obsesión…

Si llegaba al edificio principal, si lograba encerrarme en él, si conseguía un arma —allí las habría, tenía que haberlas—, si tenía el tiempo suficiente…

Los pasos de Crane sonaban cada vez más cerca y *corrí*, corrí sobre un pie y una muleta, creyendo que lo había logrado…

… hasta que sonó un disparo. Y sentí que perdía el equilibrio, y caí, y rodé por el suelo, y creí que me había alcanzado, y esperé el dolor, el dolor lacerante e irresistible de la bala desgarrándome las entrañas.

Pero no llegó. No llegó porque no me había apuntado a mí, sino al rifle que me servía de muleta.

Daba lo mismo. Porque ya no podía levantarme Je nuevo, porque lo intenté, porque me agarré al travesaño de la cruz de madera que señalaba la tumba de Rita y caí agotado sobre la nieve.

El edificio central estaba tan sólo a treinta metros.

Tan cerca y tan lejos.

Al alcance de la mano, al límite de la eternidad.

Marvin Crane me alcanzó y cumplió su promesa…

… la boca de su rifle besaba mi frente.

Capítulo IX

—Mírame —ordenó—. Quiero que me mires.

Alcé la cara.

Visto de cerca, Marvin Crane tenía el aspecto de un cadáver desenterrado. Un cadáver con las ropas empapadas de sangre y la mejilla convertida en una gran costra de sangre, todavía supurante. Se le había formado escarcha en las cejas y en el pelo ralo.

Pero sonreía. Sonreía tristemente.

—¿Sabes, James? —dijo, desolado—. Siento tener que matarte, lo siento de verdad. Aún me quedará ese mamut, pero… ¿y después? ¿Qué haré después? —Había perdido total y definitivamente el contacto con el mundo racional—. Después ya no quedará nada qué hacer…

—¿Por qué no montas la pieza del helicóptero y regresamos a la civilización?

Se rió como si hubiera oído un buen chiste:

—¿A la civilización? ¿Para qué?… *Ella* está aquí —señaló la tumba—. Y está muerta, muerta por tu culpa. Adiós, James… Nos veremos en el Averno…

E hizo puntería.

Cerré los ojos.

Y, en lugar del estruendo del rifle, oí un vago rumor. Un rumor lejano, el rumor de una poderosa bestia acercándose.

«*Snow White*», pensé.

Tenía que ser ella. Abrí los ojos.

Crane miraba hacia atrás, desconcertado. Tenía que tomar una decisión, elegir una víctima. Y eligió al mamut. Después de todo, yo estaba indefenso, me tenía a su merced.

De repente, la bestia apareció galopando en el claro. *Galopando*

directamente hacia Crane.

Tal vez lo imaginé, tal vez deliraba, pero juraría que en los ojos del animal brillaba la misma sed de venganza que había visto en los del gángster. Y recordé que había sido él quien mató a *Prince*, su pareja.

Marvin Crane soltó uno de los rifles y se llevó el otro al hombro. *Snow White* bramó y se alzó sobre sus patas traseras…

… bramido respondido por el rugido de Crane, al darse cuenta de que había elegido el rifle descargado, el que tenía una sola bala, el que había disparado poco antes para derribarme, el que ya no servía para nada.

—¡Noooooo! —gritó.

Y *Show White* cayó sobre él, le aplastó con las patas delanteras, se irguió de nuevo, cayo otra vez sobre el cadáver, machacó una y otra vez el cuerpo del gángster, hasta dejarlo aplastado, despedazado, en el fondo de un agujero de nieve sanguinolenta.

La próxima víctima era yo, así que me arrastré hacia el rifle que Crane había desechado, el que tenía dos balas, dos oportunidades, dos esperanzas…

Pero no llegué a disparar.

Show White no se había movido, no hacía ningún ademán de intentar atacarme. Estaba frente a mí, enorme como una montaña…

… mirándome. Y yo, la miré. Nuestros ojos se encontraron…

… y tiré el fusil lejos de mí.

Y, entonces, ella bramó. Sin rabia, como si fuera un saludo, como si supiera que había querido protegerla desde el primer momento.

Dio media vuelta y se alejó tranquila, cansinamente. Mientras se perdía entre el bosque, pensé en Steve y en *Corista,* en los protagonistas del cuento de Patricia Highsmith.

Sentí un nudo en la garganta, se me empañaron los ojos…

… y rodé exánime por el suelo.

Cuando desperté, era de noche y Gronk inclinaba un preocupado rostro hacia mí, zarandeándome por los hombros.

Por señas, días más tarde, dijo que me había encontrado sentado en la tumba de Rita *Short,* haciendo dibujos en la nieve con un dedo. Y que hablaba, hablaba y hablaba: de amor y venganza, de hombres y mujeres, de bestias y humanos, de machos y hembras…

Es lo que dijo Gronk. O lo que creí entenderle.
Yo, juro que no recuerdo nada.

FIN



Los libros de esta colección estaban firmados con el seudónimo de Indiana James, pues se suponía que los escribía el personaje. Detrás de ese seudónimo, en algunos sitios de la Web dicen que se escondía Juan José Sarto, y es cierto, pero no es toda la verdad. Los libros estaban escritos, por así decirlo, a cuatro plumas. Sí, es extraño el caso, y pienso que es algo muy interesante pues no creo que se haya dado este caso en más ocasiones en el mundo del bolsilibro. Cuatro autores, con muchas tablas a sus espaldas, se escondían tras el seudónimo: Juan José Sarto, Francisco Pérez Navarro, Jaime Ribera y Andreu Martín.

Estos cuatro escritores, que ya venían del mundo de la historieta y del
TBO,
se lo pasaban en grande escribiendo estas locas aventuras. Según Francisco Pérez Navarro, se reunían, hacían una especie de lluvia de ideas, y luego uno redactaba la novela y otro la corregía, y así se iban turnando cada vez. Según me cuenta el propio Andreu Martín, en los comentarios a esta entrada, se reunían siempre en un bar llamado Esterri para idear las aventuras de nuestro querido Indiana James. Las historias enlazaban de un número al siguiente. Las dosis de humor nunca faltaban. En las historias, todo el mundo confundía

a Indiana James con «el de las películas», y él siempre tenía que explicar que no se llamaba Indiana por él, sino porque corrió las 500 millas de Indianápolis. Estos cuatro amigos, se llamaban a sí mismos los Narradores Asociados, y en los otros bolsilibros que publicaban, se ponían seudónimos que empezaban por
N y A,
para hacer honor a este grupo.

Fernando Guijarro, también escribió algunos números de Indiana James, aunque él lo hizo solo, debido a que los otros escritores estaban todos en Barcelona, pero él estaba en Granada. Los números que escribió él:

- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - Judy con esquís en los diamantes.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 36 - Esto no es el cine, chico.
- 37 - ¡Viva Siva!
- 38 - En el nombre de Alá, por zona caliente.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

La serie de Indiana James, se encuadraba dentro de la colección Grandes Aventuras, de Astri. Dicha colección constaba de 54 números, entre los que había 46 números de Indiana James. Jaume Ribera y los otros autores sólo escribieron hasta el número 34 de esta colección; por lo que sigue siendo un misterio quién o quiénes escribieron el resto de números de Indiana James. Hay 8 números que tienen otros protagonistas: Ranko, Cocodrilo *Dandy*, Aniquilator, Brigada Antivicio, Colores de Violencia y Los Intocables de Chicago. Estos bolsilibros con otros protagonistas de la Colección Grandes Aventuras de Astri, fueron escritos por Juan Gallardo Muñoz (Curtis Garland).

Listado de la colección:

- 1 - Hong Kong *rock*.
- 2 - El diente de perro.
- 3 - La maldición de los 1000 siglos.

- 4 - El panteón flotante.
- 5 - En busca de la prehistoria.
- 6 - El tesoro de Gardenfly.
- 7 - Ojo por diente.
- 8 - Locos de atacar.
- 9 - La amenaza invisible.
- 10 - El tren de carretera.
- 11 - Ayer, hoy y mañana.
- 12 - Razones de estado.
- 13 - Un autobús muy… espacial.
- 14 - El filo del aullido.
- 15 - Camelo-T.
- 16 - Séptimo hijo de séptimo hijo.
- 17 - Recuerde el arma dormida.
- 18 - Cosecha negra.
- 19 - Los hijos del átomo.
- 20 - Desafío a las estrellas.
- 21 - El viejo de la montaña.
- 22 - Electra es una cruel amante.
- 23 - Judy con esquís en los diamantes.
- 24 —*Rally* Beirut… ¡Muerte!
- 25 - Vacaciones, malditas vacaciones.
- 26 - Doble… o sencillo.
- 27 - La herencia de Rickenbauer.
- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - El despertar de la bestia.
- 30 —… Y los sueños, sueños son.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 34 - Aventurero o escritor.
- 35 - Kali no es Kali.
- 36 - Este no es el cine, chico.
- 37 - En el nombre de Ala, por zona caliente.
- 38 - ¡Viva Siva!
- 39 - El engendro.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

- 41 - Duende sobre aguas turbulentas.
- 42 - Las flores del mal.
- 43 - ¡Peste de pasta!
- 44 - Aniquilador.
- 45 - Los intocables de Chicago.
- 46 - Invierno en el infierno.
- 47 - ¡Ranko!
- 48 - Cuestión de principios.
- 49 - Risa de difuntos.
- 50 - Las mil y una dachas.
- 51 - Contra los dioses del odio.
- 52 - El Tesoro del sol naciente.
- 53 - Colores de violencia.
- 54 - Brigada antivicio.

Información extraída de: http://reinosdemiimaginacion.blogspot.com.es/

Notas

[1] Véase la novela «El panteón flotante», publicada en esta misma colección. < <